

BIBLIOTECA ANDALUZA

COLECCION
DE
PEQUEÑOS Y ÚTILES VOLÚMENES
POR

UNA SOCIEDAD DE ESCRITORES,
MÉDICOS, ABOGADOS
Y CATEDRÁTICOS

DIRECTOR: ANTONIO LUIS CARRION

UNA PESETA EL TOMO
POR SUSCRICION

SE PUBLICA UN TOMO CADA MES

TOMOS SUELTOS
UNA PESETA CINCUENTA CÉNTIMOS

OFICINAS, COMEDIAS 28

MALAGA

En el establecimiento tipográfico de esta Biblioteca se hacen impresiones de todas clases con esmero y á precios económicos.

BIBLIOTECA

ANDALUZA

LA GUERRA

ASOCIACION Y AHORRO

ESTUDIOS SOCIALES

DE

SANTIAGO CASILARI

COLECCIONADOS POR

ANTONIO LUIS CARRION

Y PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO

MÁLAGA

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Comedias 28



nr 275-72

ESTUDIOS SOCIALES

R.17.233

BIBLIOTECA ANDALUZA

LA GUERRA

ASOCIACIÓN Y AHORRO

ESTUDIOS SOCIALES
DE
SANTIAGO CASILARI
COLECCIONADOS POR
ANTONIO LUIS CARRION
Y PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO



MÁLAGA
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Comedias 28
1886

*Es propiedad.—Queda
hecho el depósito que mar-
ca la Ley.*

PRÓLOGO.

Estamos seguros de que los hombres pensadores y amantes de la cultura y del mejoramiento de la humanidad, leerán con atencion los estudios interesantes que forman este volúmen, los cuales—sin detenernos mucho en escogerlos—hemos coleccionado, apartándolos del inapreciable legado que á su fallecimiento nos confió el que durante muchos años fué respetable y querido decano de los periodistas y literatos malagueños.

Aquel anciano venerable, que dedicó su

vida entera á las letras y á las ciencias, consumiendo su juventud y sus años mas viriles en la diaria y ruda tarea del periodismo, dedicóse en el último período de su existencia á meditaciones mas profundas y trascendentales, dejando inéditos trabajos que acusan su talento y su prodigiosa actividad; mas viril y mas enérgica á medida que el tiempo blanqueaba su cabeza y cruel padecimiento enervaba sus fuerzas físicas, como si el espíritu generoso y puro que le alentaba quisiera templar la vieja sangre con las chispas ardientes de su inspiracion y de su génio.

La generacion que acaba,—contemporánea de aquel honradísimo hijo del trabajo,—conoce las campañas, los sacrificios, los padecimientos, los rasgos generosos, las nobles ideas y los actos patrióticos del periodista Santiago Casilari; y los que á él estuvimos ligados por lazos de fraternal cariño, sentímonos orgullosos al escuchar de labios de los antiguos, elogios y juicios

imparciales, que dignifican su memoria y su nombre.

Los hombres nuevos, los literatos y periodistas de nuestros días, aun perciben los ecos de aquella palabra autorizada y consejera, aun tienen en la memoria las frases y las últimas concepciones del anciano maestro á quien todos distinguían y escuchaban con atenta respetuosa devoción.

En momentos solemnes y graves, que con amargura y lágrimas recordamos, nos entregó la voluntad de un moribundo preciosos manuscritos, apuntes y pensamientos dignos de ser desarrollados y conocidos, reservándose á nuestra discreción dejarlos en el olvido, ó irlos publicando cuando lo creyésemos oportuno.

¡Cómo devoró la vista y recreóse el espíritu en aquellos profundos, razonados y concienzudos trabajos, últimos destellos de una rica y poderosa inteligencia próxima á extinguirse!

¡Qué cuadros tan verdaderos y tan sentidos! ¡qué interesantes y acabados estudios! ¡cuánta provechosa y útil y generosa idea!

Mientras todo se clasifica y colecciona, recibiendo forma adecuada para su publicación, vamos á dar á conocer hoy dos hermosos estudios sociales, que patentizan amor acendrado á la humanidad el uno, previsoras intenciones el otro, para librar á la sociedad de cataclismos y horrores, que pueden tener fundamento en las necesidades y exigencias del proletariado, y cuyas primeras chispas han prendido en Inglaterra, en Francia y en Bélgica.

Tiene por objeto el primero de los estudios que publicamos, fulminar tremendo y enérgico anatema contra la guerra, que anula el derecho, arruina á los pueblos y torna en fieras á las criaturas.

Con detalles y consideraciones oportunísimas, demuestra el autor que una de las mayores calamidades que hoy pueden afli-

gir á la humanidad es la guerra; afirmando que mientras exista no se habrá asentado en la tierra el reinado de la razon y de la justicia. Efectivamente, el origen, el principio, el movil de toda guerra, es la ambicion, la mentira, la iniquidad.

Meditando sobre los razonamientos que el Sr. Casilari hace al discurrir sobre el particular, ¡cuán fácilmente se comprende que la guerra es la mas cruel y asoladora de las plagas, y que allí por donde pasa siembra el luto y la desolacion!

Como peste mortífera arrebatada víctimas á millares de la parte mas sana, mas fuerte, más escogida de las poblaciones, que es la que forma los ejércitos; como plaga de langostas, ó pedrisco destructor, tala los campos, destruye las cosechas, convierte en eriales terrenos llenos de lozanía y vegetacion; como gigantesco incendio, como huracan desencadenado quema y arrasa las poblaciones.

¿Quién dudará, en vista de los cuadros

aterradores que el autor pinta con sorprendente realidad, que es una maldición la que con la guerra cae sobre los campos, sobre los pueblos, sobre las ciudades, sobre los imperios?

Se forma una nube de langosta, y cae sobre los sembrados. ¡Con qué afán, con qué actividad hombres, mujeres y niños dejan sus tareas y corren á esterminarla! —Si hay indicios de peste, ¡cuántas precauciones para evitarla! Se recurre á la higiene, á la ciencia, y si la enfermedad se desarrolla, á la medicina, y de consuno todos procuran alejar el mal, ó aminorar sus efectos, ó combatirlos.—Estalla un incendio, y allí van todos á sofocarlo, á extinguirlo, desplegando la mayor inteligencia, utilizando todos los recursos que se tienen á mano, que se pueden inventar para atenuar sus efectos. Y es preciso que así suceda, pues hay un deber en alejar el mal de nosotros.

Consideraciones análogas se hacen en

el trabajo que estudiamos, para demostrar que son mil y mil veces locos los hombres que en vez de evitar las guerras se complacen en provocarlas y las llevan á su mas espantoso desarrollo; inmenso mal, superior á todos los males, porque los engendra todos.

En sus generosos arranques, el autor apostrofa á la conciencia universal, preguntándole por qué no se subleva contra las guerras y las hace imposibles. Resístese á creer que duerma el sueño de la embriaguez, producida por los soporíferos vapores, por el narcótico de la mentira.

¿Y cómo no ha de dormir la pública conciencia, si al efecto se ha revestido la guerra con todo cuanto puede contribuir al engaño, á la ilusion de los sentidos, á excitar las pasiones mas dominantes en el corazon humano? Los nombres mágicos de honor, de gloria, de invicto: los trajes deslumbrantes, los bélicos instrumentos, el triunfo de los vencedores, el séquito que los acompa-

ña, los honores que se les prodigan, la apo-
teósis, en suma, del génio de la guerra, co-
ronado de laureles, revestido con manto de
púrpura... todo, todo eso ha sido hecho pa-
ra adormecer la conciencia, para acallar sus
gritos, para que el hombre se embriague,
se sature de un solo sentimiento, el de la so-
berbia, que impide á sus ojos ver la sangre,
llegar á sus oídos los ayes de los heridos, el
estertor de los moribundos, el llanto de los
huérfanos, las maldiciones de millares de
infelices, víctimas de uno ó de otro modo de
la guerra. ¿No llegará un día en que la ver-
dad se sobreponga al error, y en que la con-
ciencia se despierte?

Nosotros, con el autor del interesantísi-
mo estudio de que nos ocupamos, creemos
que la injusticia y la ceguedad de los hom-
bres no han de ser eternas, y que ha de lle-
gar día en que caigan rendidos ante la razón
los causantes de las guerras, los que hacen
correr á torrentes la sangre de los hombres
y esparcen á su paso la orfandad y la miseria.

Mientras tanto, embriáguense en buen hora con el humo del incienso, y de la adulacion, y de las serviles demostraciones que les tributan el egoismo, el miedo, ó cuando menos la subversion de los sentidos. Indudablemente llegará la hora del inevitable, del tremendo juicio, y entonces las penas serán proporcionadas á las culpas.

¡Cuán horroroso seria el tormento de los apóstoles y mantenedores de la fuerza, si fuesen condenados á estarse ahogando siempre en un lago de sangre humana, á no ver mas que cadáveres flotando en torno suyo, á no oir mas que lamentos doloridos y ayes desgarradores!

Leyendo detenidamente las páginas que nos sugieren estas ideas, se adquiere el convencimiento de que la guerra no puede ser hoy otra cosa que un elemento de ignorancia, de barbárie, de retroceso, de opresion y de odio.

De índole distinta el otro estudio que

completa este volúmen, conságrase á reflexionar sobre el estado en que se hallan las clases trabajadoras y medios de mejorar su porvenir, poniéndolas á cubierto de la miseria y evitando los desastres que pueden engendrar el hambre y la desesperacion.

En una série de catorce capítulos se exponen las mas sanas y provechosas doctrinas, patentizándose los efectos de la instruccion, el ahorro y la asociacion. Una gran parte de este estudio se dedica á las sociedades cooperativas, aduciendo su autor innumerables datos, para demostrar los fabulosos resultados que dan en el extranjero y la facilidad con que podrian desarrollarse en España.

Los diversos problemas que en el citado trabajo se plantean, son dignos de atencion y merecen ser leidos por los interesados, por los gobernantes y por cuantos se preocupan por la suerte del proletariado.

Hoy que las pasiones alcanzan altísimo grado de exaltacion, acentuándose el divorcio que de antiguo existe entre el capital y el trabajo; hoy que se repiten graves y sangrientos movimientos en las mas importantes capitales del extranjero, y que el malestar y el descontento late en nuestros centros fabriles y en nuestros campos; hoy que la cuestion social demanda imperiosamente la atencion de los hombres reflexivos y previsores, el estudio del señor Casilari reviste marcado carácter de actualidad y estamos seguros de que no pasará desapercibido.

Las necesidades y la angustiosa situacion de las clases trabajadoras, demandan prontas y eficaces soluciones. Todo lo que con ellas se relacione debe inspirar vivo y general interés, si no queremos que la apatia ó la indiferencia de hoy justifique las exageraciones y las violencias de mañana.

Rechacemos lo absurdo y la imposición

grosera é injusta; pero anticipémonos á conceder lo equitativo y lo razonable, único modo de evitar que la ola subay que se desencadene la tempestad cuyos relámpagos se perciben á lo lejos.

ANTONIO LUIS CARRION.

LA GUERRA

I.

De las innumerables plagas que vienen afligiendo á la humanidad, á poco de su origen, ninguna mayor que la de la guerra. Ella las reasume todas: furia preñada de toda clase de males, á su alumbramiento arroja sobre la tierra el hambre, la peste, la desolacion. Precédenla la confusion, el miedo, el espanto; acompáñanla el fuego, el homicidio, la rapiña, la venganza: abren y ahondan sus huellas charcas sangrientas; esteriliza campos feraces; aquí lanza el incendio; allí todo lo demuele; su álito infecta la atmósfera; y solo deja á su espalda ayes de angustia, gritos de dolor, alaridos

de desesperacion, lágrimas y amarguras, miseria y orfandad.

II.

La guerra es un crimen en todo tiempo y lugar. No puede venirse á tan terrible estado, sino por el dominio de las malas pasiones: por la ambicion desmedida, por el dolo, por la iniquidad. Se dará el caso que la razon del derecho, que la necesidad de repeler la agresion, de poner coto á tiranias horribles y á punibles acciones, fuerze á los amantes de lo justo y de lo bueno á alzarse en son de guerra; pero legitimada ó no, el crimen será su causante, y una vez emprendida, crímenes y solo crímenes dará de sí. El invasor, el tirano, el malvado, que por el crimen ha declarado la guerra, ó la ha promovido, no se detendrá en la senda, sino que la marcará mas en su punible empeño; y no siendo posible limitar la accion de la lucha y del combate, de la guerra y sus consecuencias á lo estrictamente necesario á la defensa del buen derecho, y á la repression del malo, el crimen pasa de uno á otro

campo, se apodera de los diferentes combatientes, viniendo todo á obedecer á su satánico influjo y á caer bajo su atroz y repugnante dominacion.

III.

No obstante ser la guerra el crimen, como es el producto de las pasiones de los hombres, han ido, en su orgullo, hasta á divinizarla, como divinizar han querido tantas otras cosas simplemente naturales y hasta vulgares, pretendiendo á fuerza de ilusiones engañarse sobre la triste realidad de lo deleznable de su ser, y de cuanto á su ser material se relaciona.

Lejos de apartar á los hombres del culto del ídolo sanguinario de la guerra, hubo desde el principio empeño de revestirlo de formas y aparatos bastantes á desvanecer de la mente el horror que naturalmente habia de inspirarles. Los sacerdotes de ese ídolo, en su deseo de oprimir á sus semejantes, de entrar en posesion de las mejores partes de la tierra, haciéndolo todo depender de la fuerza, y sometiendo á ella toda razon y de-

recho, cuidaron mucho de halagar el orgullo, la vanidad, la codicia y el inmoderado afan que el hombre siente por alzarse sobre el nivel comun, no solo creando trajes y distintivos guerreros, sino poniendo en juego las artes mas propias á fomentar y avivar sus instintos belicosos. Al lado de la guerra se elevaron nuevos ídolos: la vergüenza y la ignominia, el desprecio para los vencidos; la victoria, el honor para los vencedores. La esclavitud fué la herencia de los primeros; la libertad, el dominio absoluto, el dote de los segundos.

IV.

Desde la mas remota antigüedad se cuidó de poner en todo el sello de la crueldad y de la barbarie; en todo la marca de la fuerza y de la guerra. Las leyes, las costumbres, los hábitos, todo participaba de ese color sombrío, de ese tinte feroz, que daba al cuadro de aquellas sociedades un conjunto de horrores, que apenas se concibe haya podido formar un tiempo el modo de ser de la humanidad. Hasta la religion

participaba de ese carácter, si es que ya no le daba tono. Dioses de sangre y de venganza regian desde su alto asiento los destinos de los hombres, marchando al unísono en la senda de matanza y de esterminio, de guerra sin tregua y sin fin. Allí donde como compensacion á las faltas y delitos se decia: ojo por ojo, diente por diente, miembro por miembro; allí hasta donde á la divinidad se la encargaba el cuidado de hacer desaparecer de la haz de la tierra millares de seres racionales, no era posible que se elevaran sentimientos de humanidad, de caridad, de amor; no era posible que la guerra dejara de ser el árbitro de los destinos de los pueblos.

V.

Podia creerse que la guerra, no ya en la acepcion mas limitada que hoy le damos, sino en la extensa que comprende una lucha sin tregua ni descanso, era el patrimonio de los hombres, por ser ley ineludible de la naturaleza: la muerte para la vida; la vida para la muerte. Podia creerse que en esto

no habia diferencia entre los seres racionales y los brutos. En efecto, ¿no existe una guerra perpétua entre los animales de la tierra, entre las aves del cielo, entre los peces del mar? ¿No se devoran los unos á los otros, no habiendo, puede decirse así, entre ellos ni antipatias repugnantes, ni ódios hereditarios de razas, ni resentimientos que satisfacer, ni ultrages que vengar? Y sin embargo, en las laberínticas oscuridades de los bosques, en los abismos del océano, como en las ondas invisibles de los aires, á cada momento se libran combates, y cada instante de tiempo se marca con la desaparacion violenta de millares de seres. ¿Por qué los hombres se habian de exceptuar de la ley universal?

VI.

Error crasísimo seria el del que creyese que el estado de guerra era propio de la naturaleza. ¿Por ventura no hay diferencia entre la guerra que se hacen los hombres, y la guerra entre los animales? ¿Obran por un mismo principio, obedecen á causas

iguales? No ciertamente: y en la distincion que por fuerza hay que establecer, no está la ventaja á favor del ser racional. La guerra entre los brutos no pasa los límites del derecho de la propia conservacion. Obedecen á una ley natural: matan para vivir, y solo llevados por la necesidad. ¡Qué diferencia entre los hombres! No ha sido la necesidad de vivir, no el sentimiento de la propia conservacion, lo que desde un principio excitó sus instintos sanguinarios hasta el punto de sobreponerlos á todo otro. Satanás alzándose soberbio contra Dios: he ahí el espíritu de la guerra. Elevarse unos hombres, dominar, ser superiores á los demás; no reconocer otra ley que su voluntad, humillar á sus plantas las multitudes. Soberbia y orgullo en vida; soberbia y orgullo póstumos, si es permitido decirlo así; y á esas malas pasiones se hacen sacrificios de millones de víctimas, y se vierten rios de sangre! ¡Qué mar tan inmenso podria formarse de toda la vertida de las arterias de los hombres, y por mano de los hombres!

VII.

Una es la guerra, sean las que fueren sus causantes. Una es la humanidad, no obstante la diversidad de razas que la constituyen, las diferencias que las distinguen, el lugar de la tierra que ocupan. La guerra es, pues, contra la humanidad: la humanidad es la víctima de la guerra. He aquí lo que vé el filósofo en absoluto. Y sin embargo, reconociendo la exactitud del raciocinio, no podemos dejar de admitir las clasificaciones que de la guerra se hacen en guerras de conquistas, civiles y religiosas: es mas, comprendemos y tocamos las diferencias que las distinguen, por su carácter y efectos; así como se comprende que los males de la guerra, como todos los males y todos los bienes de la tierra, sean tenidos en mas ó en menos, segun mas ó menos directamente afecten á las agrupaciones del gran todo humanidad.

Propio es de nuestra débil naturaleza que así sea. Llámese egoísmo, costumbre, hábito, lo que se quiera, el hecho es que para el

hombre la familia es primero que la asociacion mas extensa con quien está en contacto, y ésta antes que las mayores que solo conoce de nombre, ó por relaciones efímeras, viniendo á ocuparle en último término la humanidad, de la cual muchos apenas saben concebir la idea. Por la misma razon, el hogar es para el hombre antes que la ciudad en que radica, y ésta la prefiere á la pátria, y la pátria ó su nacionalidad, á otras nacionalidades.

Admitiendo, pues, los hechos establecidos, así como solo vemos el crimen en la guerra, así comprendemos las clasificaciones que de la guerra se han hecho, por mas que se aparte del criterio filosófico.

VIII.

Las guerras de invasion y de conquista son un conjunto de crímenes espantosos. Analizando con recto criterio y lógica severa, con la verdad, en suma, es imposible hallar en su espíritu y en su desarrollo otra cosa que ese cúmulo de acciones que, para garantir á las sociedades, han mere-

cido ser consignadas en códigos de criminalidad y penalidad. Dejemos á un lado la cuestion moral: la moral en estos casos no entra para nada: se esconde horrorizada al ver hollados bárbara é impiamente sus principios mas santos, sus preceptos mas sublimes.

Merced á un conjunto de circunstancias, cualesquiera que ellas sean, llega un hombre á verse al frente de un pueblo, y disponiendo de sus destinos en árbitro y señor.

Un dia llega á extender su vista mas allá de los límites á do alcanza su imperio, y antójasele hacer suyas las tierras en que hasta entonces no se habia fijado. No puede alegar sobre ellas ley ni derecho alguno; pero las codicia para sí ó para los suyos, y basta y sobra su voluntad para poseerlas, toda vez que se juzga bastante fuerte á conseguir su intento. Por un escrúpulo, acaso, de respeto á la opinion universal, si es que no por hipocresia, ó por farsa, antes de la invasion armada recurrirá á la superchería, al dolo, á la traicion, á todas las malas artes en fin; pero si éstas no le sirven, entonces llegará el caso de la fuer-

za, é invadirá el pais codiciado, seguido de sus legiones y cohortes y de todos los medios destructores de la guerra. ¡Ay de los pueblos invadidos, si se oponen á la marcha del invasor! ¡Ay de sus habitantes si resisten! ¡Ay de sus esposas, de sus hijos, de sus propiedades! Asesinados los unos, violadas las otras, saqueadas, incendiadas, arrasadas sus haciendas, robados sus tesoros; hé aquí lo que los pueblos invadidos obtendrán por premio á su patriotismo, por haber usado del derecho legítimo y natural de la defensa y de la propia conservacion. Triunfa el invasor, y no importa á costa de cuantas víctimas, horrores y miserias, logra extender sus dominios, enseñorearse sobre ellos, y distribuirlos, como propiedad legítima entre sus allegados, favoritos y capitanes. Despues del robo y del saqueo, viene el repartimiento del botin: es ni mas ni menos, aunque en una grande escala, repetida la escena del jefe de bandidos que asalta en los caminos á los viajeros pacíficos é inofensivos. Y sin embargo, el mundo apellida al invasor coronado y triunfante el Grande, el Magno, el Con-

quistador; y le rinde tributos y párias, y le adula, y le ensalza, y le pone casi al nivel de la divinidad. Pero la augusta y severa voz de la verdad nos dice que las acciones del llamado Conquistador y de sus huestes son reprobadas y punibles; que en la esencia es un jefe de bandidos, que si como ha podido disponer de ciento, de doscientos mil hombres siervos, esclavos ó mercenarios, solo hubiera tenido doce ó veinte, y hubiera sido un camino en vez de un pais el teatro de sus crímenes, la corona de mentida gloria se hubiera trocado en corona de infamia, digno premio á sus maldades; que la maldad y el crimen no pueden adulterarse, mistificarse por consideraciones á lugares, ni á tiempos, ni á la condicion de quienes los cometan.

IX.

Ningun sentimiento digno preside á la guerra de invasion y de conquista. Se desea simplemente poseer lo ageno; cueste lo que cueste. Si al conquistador no le importan las vidas de los suyos, que expone, por cál-

culos ambiciosos, por soberbia, sino por perversidad, á todos los males y peligros de una guerra, ¿qué puede importarle nada de lo que acontecer pueda á los que de antemano ha señalado como su presa? Las vandálicas hordas que le siguen, ¿qué otro aliciente tienen mas que las depredaciones y el pillaje? Con resistencia, pues, ó sin ella, las guerras de conquista son el azote de los pueblos que las sufren, que no pueden librarse de la muerte, del saqueo, de la devastacion, de la miseria, de la esclavitud. Inventen la adulacion, el miedo á los poderosos tiranos de la tierra, los nombres con que quiera desfigurar sus odiosos hechos; digan que le acompaña la victoria, que le sigue la gloria, que la fama publica por todas partes sus hazañas, y su valor; no por eso será menos cierto ante la conciencia pública que podrá callar pero no aprobar; ante la moral universal que aunque aparezca indiferente, tiene de antemano escrita la condenacion de todas esas acciones, no será menos cierto, repetimos, que todas ellas pertenecen á la categoria de crímenes atroces y los nombres de sus auto-

res deben inscribirse en el catálogo de los grandes atormentadores y verdugos de la humanidad.

X.

Si terrible es el cuadro de horrores que ofrece á la consideracion la guerra invasora y de conquista, mas terrible y sombrío es, si cabe, el que representa la guerra civil. A su aspecto estremécense todas las fibras del corazon, anégase el alma en un mar de amargura y desconsuelo, y la mente atribulada, confundida, duda de la realidad de los hechos que observa, por mas que se le muestren en todas sus gigantescas proporciones.

En efecto; en la guerra de conquista no une al invasor con el invadido, al verdugo con la víctima, otro lazo que el asáz deleznable, por desgracia, de la humanidad. ¡Cuán distinto es en las guerras civiles! No son ya solos los hijos de una misma pátria, los que esgrimen sus armas unos contra otros; no es el homicidio el que se alza vengativo y sanguinario. Es el aterrador

fratricidio. Son los hijos contra los padres, los padres contra los hijos; son los hermanos, son los parientes, son los amigos; son los que siembran unos mismos campos; los que respiran el mismo aire; los que tienen iguales costumbres y hábitos; los que viven en los mismos pueblos; los que se cobijan bajo el mismo techo; los que sienten idénticas afecciones, y hablan un mismo idioma: son los que ayer se estrechaban las manos, se daban el ósculo del amor, del cariño, de la amistad; los que se prestaban mútuos servicios, se ayudaban, se socorrían en sus cuitas y necesidades; son los que sufrían y gozaban, lloraban y reían juntos! He ahí lo que eran ayer los combatientes de hoy. El espectro de la discordia, imponderablemente horrible, se ha alzado ante ellos, produciéndoles vértigo, llevándolos hasta el delirio y la locura. A su vista, llenos de pavor han huido del pecho de los fratricidas todos los sentimientos tiernos, los dulces afectos, las nobles pasiones, ocupando el vacío sentimientos de aversión y de ódio: la venganza, el estermínio, la sed insaciable de sangre. Una idea fija em-

barga su mente, y á su consecucion todo lo sacrifica: vencer, no importa cómo ni á qué precio.

XI.

Las guerras civiles son á la vez de bárbaras, estúpidas, si es permitido decirlo así: el cúmulo inmenso de males que originan cae indistintamente sobre los partidos en armas: no hay siquiera la impía satisfaccion del daño que se hace, pues solo se obtiene á costa de la cruel pena del daño que se recibe. En la guerra de invasion y conquista sufre el pais que es reputado como enemigo; pero en las civiles, ¿no es el teatro de los combatientes la misma tierra, el propio hogar? A la terminacion de ellas ¿quién podrá llamarse vencedor, y ostentar con el mentido lauro de la victoria, el botin, la ganancia obtenida sobre el vencido? Las lágrimas por éste derramadas, los dolores sufridos, las pérdidas de seres queridos, de objetos apreciados, ¿no han sido tambien amargos lotes que han cabido en suerte al vencedor?

XII.

Pudiera creerse paradoja, y hasta opuesto á simples leyes naturales, que los ódios que engendran las guerras civiles sean mayores en sus efectos no solo mientras aquellas duran, sino por largos años despues; á los ódios que promueven otras guerras. Sin embargo, el hecho es cierto, y se comprende. En las guerras con el extranjero, puede decirse que la animosidad, la aversion, el encono es pasagero; que casi terminan con ellas; porque con ellas desaparecen á largas distancias los reputados enemigos; y á medida que pasa tiempo, y se borran las huellas del mal causado, bórrase tambien de la memoria la penosa y cruel impresion producida por el contacto y las violentas relaciones á que diera ocasion el estado de guerra. El recuerdo necesita de incentivos, como necesarios les son á nuestras afecciones, á nuestras pasiones, á nuestros actos: en las guerras civiles, permanece mas vivo por largo tiempo el recuerdo de los males causados porque siguen estando

presentes los autores y causantes de ellos. El olvido, ese don celeste y providencial dado á la criatura para apartarlo de la desesperacion, para amortiguar los quebrantos, y endulzar las amarguras de la vida; el olvido, tan necesario que sin él la existencia casi se haria insoportable, tarda tanto en venir en pós de las guerras civiles, porque todo lo contraría, que á veces los ódios por ellas engendrados se trasmiten en las familias por mas de una generacion. No es fácil aborrecer á las colectividades; ni cómo vengarse de ellas! Pero cuán fácil es el odio entre las familias y los individuos! Cuán fácil satisfacer entre éstos la venganza!

XIII.

La guerra es el crimen. Y por una gradacion asombrosa dentro del crimen, como si fuera posible hubiese nada mas allá peor, es lo cierto que la guerra civil los engendra y alumbra mas que las de conquista; y aun más que las dos, la guerra religiosa, ó por causa de religion. Acaso en sus efectos

no se diferencie gran cosa; pero segun son las causas que las promueven, así parece que las malas pasiones obran mas enérgicamente sobre las ideas, sobre las acciones: en las guerras civiles y mas aun en las religiosas, que suelen participar tambien del carácter de aquellas, se buscan los hombres con mas afan, se acercan con mas encono, luchan con mas ferocidad, y como que parece que no se satisfacen sino á medida de los mayores tormentos que se hacen sufrir: no basta la muerte del enemigo que lucha con las armas en la mano; se ansía mas: se quieren horribles hecatombes de familias, de pueblos enteros, de todos los sectarios que profesan la religion opuesta que quiere imponerse por la fuerza. ¡No hay nada mas allá en el ódio! Asi como nada hay mas allá en la aberracion!

XIV.

En las guerras de conquistas, en las guerras con extranjeros y en las civiles se pelea por la posesion de nuevos dominios, por el ansia de engrandecerse y de enriquecer-

se, ó bien por ofensas y agravios, que reparar, ó por la posesion de un poder que se ambiciona, ó por variar la forma de gobierno establecida, ó por alcanzar nuevos derechos, ó destruir leyes, y estirpar abusos que se juzgan perjudiciales. Cierto es que en estado ya de guerra, las malas pasiones preséntanse tumultuosas y dominadoras, y arrastran al hombre á los excesos que son consiguientes. Si las nociones del bien no son olvidadas, quedan al menos oscurecidas por algun tiempo: se ha salido de la vida ordinaria; se ha entrado en una situacion excepcional; su causa es el mal, y el mal impera en todo. Sin embargo, queda fuera de lucha algo que el hombre tiene siempre en mucho, y es el espíritu en sus relaciones mas íntimas con ese mas allá de su estancia transitoria sobre la tierra, con ese mas allá que si no en su forma corpórea, en otra que aunque no comprenda cual haya de ser, ha de proporcionarle alcanzar la suprema aspiracion de toda su terrestre vida, que se traduce en la inmortalidad. La vida eterna del alma, sobre todo tratándose de las multitudes, está, por la fé, tan solo

siguiendo la religion positiva en que nace el hombre y en cuyas creencias debe permanecer, sosteniéndolas y defendiéndolas hasta el martirio, toda vez que fuera de ellas no hay salvacion, no hay ese mas allá de vida perdurable. Pues bien, únense á todos los horrores de la guerra, los producidos por el fanatismo religioso, excitado hasta lo sumo por las controversias, por las predicaciones, por los ataques, por los insultos, por las injurias; únase la parte, por demas activa, que en la contienda toma la mujer, y apenas podrá concebirse en toda su terrible realidad, lo que llegan á ser las guerras por causas de religion.

XV.

Dígase lo que se quiera acerca de la naturaleza del hombre; pónganle los materialistas en el último grado de la escala de la creacion, como animal mas perfeccionado; aduzcan argumentos para probar que eso se llama alma en el hombre, no es mas que el resultado de lo perfecto de su organismo mientras funciona, pero no en realidad al-

go superior, incomprensible, que sobrevive á la materia, es lo cierto que en la criatura racional hay ese algo de sobrenatural y de divino, que la eleva tanto del comun de la creacion animal, que no es posible hacerlo depender de una organizacion material superior, por perfeccionada que se la suponga. Basta á probarlo esa aspiracion de su ser á lo desconocido, á lo ideal, á lo que se aparta y con nada se relaciona de la creacion, á un porvenir de ultratumba superior á todo lo conocido, por mas que la razon le muestre hasta la saciedad que del ser creado solo memoria queda en el mundo, no pudiendo distinguir un átomo siquiera del que fué. Pero si esto no bastára, hay tambien en el hombre algo que no se relaciona precisamente con la materia, con su ser físico, algo que no es solamente producto de la voluntad, ni del libre albedrio, ni de las sugerencias de una razon bien ordenada y dirigida, y es la repulsion hacia la injusticia y la violencia, y la vehemente aspiracion á que sea respetada su conciencia. Sabe, no por enseñanza, no por medio externo, sino intuitivamente, que su conciencia

es un santuario en el que solo tiene derecho á penetrar la divinidad, y solo es de ella el pedirle cuenta de lo que se elabora en el interior de ese santuario. Sabe que no dependiendo en nada de los hombres, por mas que en contrario se pretenda, ese mas allá superior que el ser racional sueña, no es á ellos á los que debe someter su conciencia religiosa, ni de ellos recibir imposicion; y por lo tanto no hay para él tiranía mas espantable que la que se egerce en nombre de una religion dada al pretender imponerle sus creencias, sus dogmas, su culto. Toda tiranía se repele, se rechaza por instinto; pero la que quiere obrar sobre la conciencia, sobre lo que no pertenece á los hombres, sobre lo que no le es dado legislar, pues su legislacion será de forma y nula en su esencia, mientras la conciencia la rechaze; toda tiranía que apartándose de la materia quiera obrar sobre el espíritu, esa, por fuerza, ha de conmover profundamente todas las fibras del corazon, ha de excitar hasta lo sumo todos los sentimientos, y sublevar á una toda clase de pasiones en su contra. Hé aquí por qué las guerras de re-

ligion han sido siempre las mas terribles, y las que por desgracia de la humanidad, y mengua de los siglos que pasaron, han sido las mas largas, las mas sangrientas, las mas pródigas en suplicios, en horrores, en maldades de todo género.

XVI.

Pese á los esplendores y magnificencias de las llamadas antiguas civilizaciones, la humanidad durante una larga noche de siglos, yace en la abyeccion y en la barbarie.

Allí donde imperaba la esclavitud; donde el destino de la criatura venia marcado desde el nacimiento; donde una repugnante division de castas abria un abismo entre los hombres, y éstos, en su inmensa mayoria, se reputaban cosas, teniéndose en menos, en muchas ocasiones, al ser racional que á la bestia; no podia haber mas que miseria y degradacion en el fondo, y al lado de las mas altiva de las soberbias, la humillacion mas abyecta, sin que imperar pudiera otra cosa que la fuerza, y siempre la

sinrazon y la injusticia y el capricho del mas fuerte.

XVII.

Por dicha de la mayor parte de la humanidad esclavizada, en medio de esa larga noche de barbarie aparece una aurora riente, precursora de un dia que promete á los hombres consuelos infinitos, y les deja vislumbrar horizontes desconocidos y lejanos, pero de grande hermosura y radiante luz. Nace Jesus, y á su nacimiento cuéntase que pueblan los aires voces de sin igual dulzura, y traen á los oidos humanos palabras tan misteriosas como nuevas, é impregnadas en tanta dosis de amor, que los corazones se estremecen en santa esperanza. ¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Paz al hombre en la tierra! así publican esas voces. ¡Paz al hombre en la tierra! ¡Cuándo se habia dicho cosa igual? ¡No era esto el anuncio de una nueva era de amor y de caridad, y por consiguiente de la terminacion de tantos y tan atroces males como venian afligiendo á los hombres? ¡No era la desaparicion de

la odiosa servidumbre, principio de la libertad del ser racional? ¡Paz al hombre en la tierra! ¡Oh dicha inefable! ¡Oh ventura sin igual!

XVIII.

Da principio Jesus á la grande obra y á hacer prosélitos. No son estos los poderosos de la tierra, sino los desheredados; no los que gozan sino los que sufren; no los fuertes sino los humildes; no los hombres de guerra sino los de paz. Jesus condena la fuerza, anatematiza la violencia, acrimina la avaricia, la ambicion, la soberbia: «Amaos como hermanos; amad á vuestros enemigos; bendecid á los que os maldicen; orad por los que os calumnian; lo que quereis que hagan con vosotros los hombres eso mismo haced vosotros con ellos; perdonad y sereis perdonados.....» La boca del divino Redentor solo se abre para verter á torrentes palabras de consuelo, de alivio, de paz y de esperanza. Ya en la cruz esclama: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se

hacen.» ¡El perdon, la clemencia, la paz hasta para sus verdugos!

No puede darse mas allá en la senda de la caridad y del amor; no puede darse mas allá tampoco en la condenacion de la fuerza, de la violencia, de la tiranía; nada mas allá aun para la consagracion de la paz, de la fraternidad entre los hombres.

XIX.

Los fuertes y poderosos de la tierra meditan sobre las palabras de Jesus: recházanlas pero tiemblan interiormente; los débiles y oprimidos acójenlas sin meditarlas, porque són mas que la espresion de los dolores y sufrimientos de la humanidad, la esperanza en mejores dias para ella.

La doctrina de Jesus predicada por los Apóstoles halla eco en los corazones de las muchedumbres, porque en ella está el remedio á sus largos sufrimientos; y los privilegiados hasta entonces la resisten porque ella es la condenacion de sus acciones, de su modo de ser social. Y porque esa doctrina viene á cambiar la faz de la humani-

dad en beneficio del mayor número, víctima de los menos, se extiende solo por la fuerza de la palabra, con la persecucion y con el martirio; y contra ella se embota el hierro de las lanzas, y el filo de las espadas, y se destrozan los instrumentos del tormento, y se cansan los brazos de los verdugos. Derrúmbase, al fin, la sociedad pagana, y sobre sus ruinas álzase el cristianismo con todas sus santas promesas de paz, de amor, de caridad.

XX.

Hagamos de paso una reflexion importantísima. Ninguna idea se ha presentado en el trascurso de los siglos mas destructora que lo fué el cristianismo para el modo de ser de la sociedad de aquellos tiempos. No venia á combatir solamente algunos privilegios, no á desterrar algunos abusos, no á variar las condiciones de algunas clases: venia á hacer la revolucion mas radical de que pueda formarse idea; era una triple revolucion política, religiosa y social, que iba á cambiar leyes, á derribar alta-

res, á variar hábitos y costumbres, á atacar y á destruir derechos que se reputaban sagrados, á dar la libertad á los oprimidos, á condenar á los opresores, á hacer iguales al siervo y al señor, hermanos al tirano y á la víctima, en nombre todo de una nueva doctrina de amor y de paz. Larga fué la lucha, tenaz la resistencia, porque eran grandes los medios de represion y de fuerza de que disponian los que se creian perjudicados y amenazados; pero todo fué inútil. La nueva idea, aparte de su origen, era alta, sublime, salvadora; y debia imponerse y se impuso mas que por la fuerza material, porque de ninguna podia disponer en un principio, por su bondad intrínseca, porque respondia á una gran necesidad social. Hé ahí el secreto de la fuerza inmensa de las ideas. Cuando son beneficiosas al mayor número, y por eso se les da acceso, en vano es que se les opongan muros y toda clase de resistencias. La idea al fin todo lo avasalla, y domina en absoluto. Asi ha sido, así es, así será.

-XXI.

Fácil es de concebir el estado permanente de guerra en los siglos de hierro que pasaron, en los que el derecho de la fuerza era la razon del derecho, y en los que la guerra, y cuanto á ella se relaciona, era la sola ocupacion de la ínfima parte privilegiada de la humanidad, en contraposicion de la inmensa mayoria, sujeta á una servidumbre inícua y á condiciones serviles. Cuerpos de bronce, corazones de piedra, cabezas de hierro impenetrables á las ideas y sentimientos, productos de épocas mas civilizadas, la guerra era para millares de hombres lo que es hoy para el mayor número las artes, la industria, el comercio, el trabajo, en fin: era su única ocupacion; la satisfaccion de sus necesidades, de sus ambiciones, de sus ódios, de sus venganzas, y hasta, puede decirse sin temor de parecer paradógico, la satisfaccion de placeres y de goces; que goces sentian aquellas feroces y rudas naturalezas por los golpes que daban y recibian, entre los ayes

y clamores de los vencidos, y los salvajes gritos de los vencedores.

Y si esto sucedia á esa parte que podemos llamar militante, la multitud que á las grandes guerras y en ocasiones iba en seguimiento de sus príncipes y señores, sino participaba de sus sentimientos guerreros, le animaba otro que influia no menos favorablemente en las cuestiones sangrientas de aquellos tiempos: el indiferentismo á la vida, el desprecio á la muerte, producido por su estado y condicion miserables. ¿Qué le importaba al infeliz siervo recibir el golpe de gracia? ¿Qué lazo, doloroso de desatar, de romper, le unia á la tierra? ¿Y qué le daba dejar de ser al mercenario que vendia sus servicios para matar y ser muerto? Todos tenian en menos una existencia que puede decirse no les pertenecia de derecho, sino que era prestada, y en condiciones tan deplorables que no merecia la pena de esforzarse para conservarla.

Pero si todo esto se concibe dado el estado de aquellas sociedades, parece que es legítima la sorpresa que causa el ver cuan tarda y lentamente la nueva civilizacion

cristiana combate y procura estirpar la obra del génio del mal, que tiene su mas viva representacion en la guerra; y como consecuencia en la servidumbre de los pueblos, y en la conservacion de los mas indignos y repugnantes privilegios y abusos señoriales.

XXII.

Poco cuesta desarraigar el tierno arbolillo, pero la vieja encina resiste el ímpetu del viento huracanado, que solo á fuerza de violencia puede dar con ella en tierra. El edificio que levantan los siglos, solo los siglos pueden derribarlo: tal se arraigan las creencias, las costumbres, el modo de ser de las sociedades, los intereses que se han ido creando y fomentando. La obra pues de centenares de siglos, anteriores al cristianismo, no podia ir desapareciendo sino en el trascurso de los siguientes. Emperadores, reyes, magnates, señores, vasallos, todos abrazaron el cristianismo; y sin embargo la doctrina de Cristo, propalada por los lábios, era rechazada por el corazon de los

poderosos de la tierra, y los débiles no tocaban los beneficios á que por ella tenían un derecho. La odiosa servidumbre, y los mas odiosos y repugnantes privilegios, continuaron imperantes, y la fuerza y la guerra hollando todo derecho, toda razon, todo principio humanitario, ensangrentando la tierra, y vilipendiando al Dios que se pretendia adorar y rendir culto esterno y fastuoso.

Perola semilla del cristianismo debia fructificar y ha fructificado. Siglos de luchas incesantes, de convulsiones horribles, de tormentos y martirios, entre opresores y oprimidos, entre privilegiados y desposeídos; siglos de controversias, de disputas, de difusion de ideas y de principios; la luz del saber pugnando por abrirse paso al través de las tinieblas de la ignorancia; la cultura en noble empeño contra la barbarie; la razon pretendiendo establecer su imperio sobre la fuerza; el bien, en suma, oponiéndose siempre al mal; siglos enteros de trabajos indecibles, de esfuerzos inauditos de la sana razon, contra los errores y el fanatismo de todos los tiempos, han sido

necesarios para que el hombre entre en la plenitud de su ser, de su dignidad; para establecer la posible igualdad que debe haber entre todos; para dulcificar las costumbres, para establecer hábitos de cultura, imbuir sentimientos humanitarios; para ir, en suma, preparando al hombre á conocer bien la alteza de sus destinos, y al advenimiento de la fraternidad y paz universal por medio de las puras y sencillas prácticas del cristianismo.

XXIII.

Las dificultades y las mayores dilaciones de toda obra están en los principios. Para construir un edificio, es menester concebir el proyecto, formar los planos, acopiar materiales, abrir cimientos. Todo esto necesita mucho tiempo pero no se tiene en cuenta, y solo parece que la obra se inicia y marcha desde que empieza á elevarse de la superficie de la tierra, porque hasta entonces no han podido apreciarse materialmente los adelantos. Ved una locomotora; es una masa inerte, pasiva: sin embargo, arde ya

en ella el fuego, se calienta el agua y gradualmente se pone en ebullicion: es que se está elaborando el agente del movimiento. Llega el instante dado; la masa inerte se estremece, ruge, se agita, lenta al principio, pero á poco se lanza á través de los campos con una velocidad increible. El edificio de la civilizacion moderna, la locomotora, el espíritu del progreso de la humanidad, han necesitado siglos de preparacion; pero, cuán rápidamente se adelanta en la construccion y en la marcha! Mas de diez y siete siglos posteriores al cristianismo, se han invertido en la preparacion ignorada, lenta, pero segura, de la grande obra; y en poco mas de un siglo el edificio aparece ya, si no terminado, dejando conocer y apreciar toda su belleza, toda su grandeza, toda su magestad.

XXIV.

No es nuestro ánimo presentar el cuadro de la civilizacion del siglo XIX, comparándolo con la multitud de los siglos que le han precedido. El progreso de la humani-

dad es tan visible, son tan palpables los adelantos hechos en pró de la misma, que no puede haber razon sana que lo ponga en duda. Basta á nuestro propósito lo que queda consignado en relacion con el pensamiento que nos ocupa: la Guerra. Hé aquí lo que ha quedado mas prepotente de los tiempos que fueron: he aquí lo que resiste todavía y promete seguir resistiendo al espíritu de concordia, de fraternidad. No nos sorprende: la guerra, la fuerza bruta han sido el alimento principal con que se han nutrido los siglos; la fuerza, la guerra han sido el fundamento principal, la base de las sociedades que pasaron. No nos sorprende, que aun se deje sentir esa grande iniquidad; y que el aterrador fantasma continúe visible, infundiendo recelos y temores. Triste es por demas, que cuando lo juzgamos si no cadavérico, desfalleciente, lo veamos levantarse erguido y sañudo, con todo su séquito de horrores, y recorrer provincias y reinos, llevando siempre á todas partes la desolacion y la muerte: triste es por demas, que cuando cansado mas no harto, acaso, de sangre y de esterminio, se retira

á sus antros, no se pueda todavia alimentar la esperanza de que no ha de volver á presentarse por largo tiempo, ya que no perderse por siempre, y haya que vivir bajo la pesadilla funesta de ver á la Guerra preparada siempre á intervenir en los destinos de los pueblos, para resolverlos á medida de sus bárbaros caprichos y furores.

Pero el porvenir es de la paz; porque los amigos de la paz acrecen y se multiplican: y multiplicándose ellos van desapareciendo los medios de accion de que puede disponer la guerra. ¿Quién se atreve ya á mostrarse partidario de la guerra, solo por la guerra? ¿Quién á rendirle culto ciego y fanático? ¿Los mismos que hoy profesan el ejercicio de las armas, son insensibles, por ventura, á los goces, á las delicias de la paz? ¿No participan ya de las mismas ideas en este punto que los demas hombres? ¿No van á la guerra, puede decirse, con sentimiento y para cumplir solo con un deber, y al ir no hacen votos por la mas pronta y feliz terminacion de lo que se reputa como un mal inmenso, como la mayor de las calamidades?

XXV.

Puede creerse que ya no nacen conquistadores, que se ha extinguido la raza. Además las conquistas de hombres y de pueblos, solamente por el afán de conquistar, de aumentar el poder, el dominio de un hombre, se dificultan cada día, y á medida que adelante el siglo se irán haciendo imposibles. ¿Quién sabe si andando los tiempos Alejandro, César, Pompeyo, el mismo Napoleon, y tantos otros capitanes y guerreros reputados grandes, serán tenidos por mitos, si es que su nombre no se borra, gracias á la historia? Pero seguramente otro será el juicio, el concepto que las generaciones venideras formarán de la valía de los que tiñendo en sangre la tierra legaron su nombre á la posteridad. Hoy mismo todos esos nombres famosos, apenas si se presentan á la mente, y pese á la aureola de gloria con que se ha venido rodeándolos, aparecen tan borrados y oscuros que es de temer se extingan de un todo. Otros de la misma remota antigüedad, porque no es la

antigüedad la causa de su decadencia, permanecen cercados de luz, que será para ellos eterna: Sócrates, Platon, Aristóteles y otros de siglos lejanos; y Colon, Guttenberg, Galileo, Newton, Franklin, Jenner y ciento y ciento de edades mas cercanas, y ciento mas de nuestros mismos dias, desnudos de poderío, de mando, de grandezas, pero ricos, poderosos en ciencia, y vertiéndola á raudales; y con las ciencias y los maravillosos adelantos de la industria, del comercio, del trabajo libre y por lo mismo fecundo, preparando cada dia mas el advenimiento, el reinado de la paz sobre la tierra; todos esos nombres serán los que de generacion en generacion irán trasmitiéndose, bendecidos, para no borrarse jamas; porque de hoy mas no se computará para medir la valía del hombre, ni su poder, ni su grandeza, ni su valor, ni su dominacion, sino los mayores bienes que con su ciencia, con sus sacrificios, con sus trabajos, con su caridad, con su amor hayan dispensado á la humanidad. Y en medio de esa pléyade de nombres verdaderamente grandes, verdaderamente ilustres, verdaderamente impe-

recederos, descollará el gran nombre de Jesus; que la figura del Cristo, aunque quisiera prescindirse de su origen divino, siempre será la gran figura de los siglos, porque su doctrina ha sido el manantial inagotable de que brotan los sentimientos de paz, de amor y de caridad, que tan ávidamente absorben todos los grandes pensadores, todos los que se consagran á la consecucion de la grande obra de la civilizacion, todos los partidarios de la libertad y del progreso, por mas que muchos ni aun sepan darse cuenta ó desconozcan el móvil poderoso que los impulsa.

XXVI.

Juzgando racionalmente, todo se auna para hacernos creer que la época de las guerras por espíritu de conquista y de dominacion ha pasado para mas no volver, al menos por lo que toca á las naciones civilizadas.

Bastaba en lo antiguo la voluntad de un hombre para la guerra de conquista; bastaba el capricho de este ó del otro señor pa-

ra encender la guerra contra otros príncipes ó señores, y llevarlo todo á sangre y fuego. Hoy es necesario contar con los pueblos, con las nacionalidades, y no son los intereses de los poderosos los que por la guerra han de ventilarse, sino los intereses generales de los respectivos países. Y estos intereses, merced al poderoso influjo del trabajo libre, se van mancomunando hasta el punto de confundirse en uno. El comercio y la industria, y la casi fabulosa facilidad de las comunicaciones, acercando cada día mas los hombres, crean multiplicadas y fraternales relaciones y hábitos de cultura, y avivan mas y mas los sentimientos humanitarios, ahuyentando, hasta que llegan á estirparse de un todo, las injustas prevenciones de nacion á nacion, de raza á raza, que aun puedan alimentarse; prevenciones que en tiempos no muy lejanos todavia se traducian por aversion y odio.

Sí, cada día que pasa se acercan mas los diferentes pueblos de la tierra, y estrechan sus relaciones y amagalkan sus intereses; cada día mas, la civilizacion moderna extiende su influjo benéfico á todos los luga-

res, y puede decirse que hasta en los mas apartados y recónditos refleja su calor, su luz que es á la vida de la humanidad, lo que el astro rey á la creacion. Toda esa mancomunidad de afectos y de intereses entre las naciones civilizadas, imposibilita, á no dudarlo, la invasion y la conquista. A poco que se fije la atencion en el estado de las relaciones mercantiles, industriales, financieras, que hay entre las diferentes nacionalidades, se comprenderá que son otros tantos obstáculos casi insuperables para la guerra de conquista, porque esos múltiples y cuantiosos intereses son centinelas vigilantes, salvaguardias de la concordia y de la paz.

No queremos ocuparnos de las antiguas invasiones de pueblos bárbaros y desconocidos, con relacion á nuestra época, ¿Dónde existen hoy? Y si existen ¿dónde sus medios de accion para intentar la conquista de pueblos civilizados?

XXVII.

Hay conquistas, habrá conquistas; pero

no serán las conquistas de la fuerza bruta sobre el derecho, sino las del derecho sobre la fuerza; serán las conquistas de la civilización sobre la barbarie y la ignorancia; de la razón sobre el fanatismo y las supersticiones que aun puedan existir. No serán los instrumentos de esas conquistas, legiones guerreras y armas mortíferas y destructoras, sino pacíficas é inteligentes cohortes de viajeros, de artistas, de comisionistas, de navegantes atrevidos, de naturalistas, ávidos de arrancar nuevos secretos á la naturaleza, de sábios ansiosos de propagar sus conocimientos y de adquirir los mayores, de trabajadores, de misioneros, recorriendo toda la tierra, siendo sus armas y medios de combate y de lucha, el comercio, la industria, el arte, las ciencias, el vapor, la electricidad, el libro, el periódico, la biblia, el breviario, la Cruz!

Esas son las invasiones, esas las conquistas de preveer y de esperar para en adelante; esas las luchas sublimes y soberbias que debe haber entre los pueblos: luchas de inteligencia, de adelantos, de inventos, de progreso en todo lo bueno, en todo lo bene-

ficioso; luchas que tiendan á consolidar los lazos de fraternidad, de paz que deben unir á todos los hombres en siglos venideros, como compensación debida, justa, á los cruentos dolores y sacrificios de la humanidad en los siglos que han sido.

XXVIII.

El espíritu de libertad y de tolerancia, fruto preciado del árbol de la civilización moderna, y producto de la ilustración y de los incesantes esfuerzos de la inteligencia para elevar la condición del hombre, haciendo comprender lo que hay en él de superior á las ideas y preocupaciones y conveniencias sociales de los diferentes tiempos, y por lo mismo privativo de él é independiente de todo otro poder y voluntad, ha venido igualmente á poner un fuerte freno á las guerras religiosas. Ciertamente es que tiene por contrario al monstruo del fanatismo y de la superstición, que defiende tenazmente su ya por demás vacilante poderío, pero en vano se opone á la magestuosa y progresiva marcha de la tolerancia, de la libertad re-

liglosa. Si el hombre no es respetado en su conciencia, ¿dónde están la libertad, la dignidad humana? Pero en este punto casi no es permitido alimentar la duda. Podrá haber todavía algun sacudimiento doloroso, alguna lucha pasagera, por cruda que sea, pero no es permitido creer en un eclipse tan profundo y prolongado de la razón, en una tamaña abdicacion de la conciencia humana, que la tierra vuelva á ser teatro de las guerras religiosas que en tiempos pasados la cubrieron de sangre y de luto.

XXIX.

Si el fanatismo que siempre es una passion violenta, un delirio, debilitando, ó mejor dicho anulando el sentimiento moral, pudo en las épocas de su mayor auge ver enemigos en vez de hombres, de prógimos, en cuantos profesaban otras creencias religiosas que las que lo exaltaban; si extremando su locura hasta un punto que hoy nos llena de asombro, por inconcebible, ademas de los medios inícuos de la guerra,

recurría también á los de una legislación no menos bárbara é inícuá, para llegar al esterminio de los que reputaba como enemigos mortales; hoy la luz de la razón, disipando al fin las tinieblas en que el fanatismo la envolvía, y disolviendo con su calor la corteza de hielo con que había endurecido la conciencia, no ve en el judío, en el musulmán, en el pagano, en el protestante, en el católico al sectario de esta ó de la otra doctrina religiosa, sino solo al hombre, al ser moral, digno de elogio ó de vituperio segun responda ó no á los fines para que fué criado, que son los de practicar y hacer el bien.

La fé en la creencia religiosa que se profesa, y que lleva al hombre á creer ciegamente que solo con ella puede alcanzar el bien supremo, impulsada por la caridad que lo lleva á desear que todos los hombres abrazando su creencia, sean con él partícipes de ese bien, solo recurre á la persuasión, al convencimiento, pero de ningún modo á la violencia, á la fuerza; que la triste experiencia de los siglos ha dado á conocer, que el empleo de la fuerza bruta

es impotente á extender el imperio de una creencia religiosa dada.

Abriguemos, sí, la consoladora esperanza del término de las guerras por causa de religion. Si llega á haber todavia alguna en que se alegue un motivo religioso como causante de ella, será solo un velo para ocultar otros designios, puramente mundanales; como, en cierto modo, se trasluce en la guerra civil que por desgracia aflige á nuestra infortunada pátria.

XXX.

A propósito de la guerra civil que lentamente consume las fuerzas del país, vamos á permitirnos algunas ligeras apreciaciones, no fuera enteramente de nuestro propósito, en corroboracion de la exactitud de nuestras reflexiones sobre la guerra en general. No haremos la historia del carlismo ni de su origen: no nos fijaremos en su ruina con el convenio de Vergara, ni en los sacudimientos galvánicos que posteriormente á la guerra de los siete años, pusieron en movimiento el cuerpo que

creiamos del todo exánime. Trataremos solamente de su última y potente manifestacion; casi inconcebible á no tener en cuenta la historia política de los últimos quince años, cuando menos.

La causa mal llamada carlista en la actualidad, porque verdaderamente no es la del pretendiente Carlos VII sino la del absolutismo y de la teocracia, cuyos principios son los que defiende, y en modo algunos los pretendidos y falsos derechos que el ex-príncipe quiere hacer valer al dominio de esta nacion; esa causa que se juzgó definitivamente fenecida, no ha vuelto de repente á la vida, como en vano se pretende suponer, por los sucesos posteriores á la Revolucion de 1868, aunque estos hayan sido elementos favorables á su aparente resurreccion.

Terminada la guerra de los siete años, y combatidas y ahogadas las tentativas posteriores del carlismo, es seguro que no hubiera vuelto á aparecer sin las debilidades, ó mejor dicho, sin la condescendencias y hasta punibles contemplaciones que con los partidarios de aquella causa tuvieron los

gobiernos que se han venido sucediendo, llevados de sus instintos reaccionarios, y opuestos enteramente á la idea liberal. Merced á esas debilidades y contemplaciones, que poco á poco se fueron convirtiendo en proteccion abierta y decidida, pronto los absolutistas, y cuantos á la sombra de la religion pretenden dominar y adquirir poder y grandeza, se fueron ingiriendo en altas esferas, llegando á hacerse en ellas los verdaderos aunque ocultos directores de la máquina gubernamental.

En tal situacion nada podia suponer para ellos la personalidad del titulado Carlos VII. Quedó, pues, relegado al olvido, sin perjuicio de tenerlo siempre en disposicion de valerse de él en un momento dado. Mientras tanto, la poderosa influencia que egercian todos los partidarios de principios caducos y perjudiciales, la iban aprovechando en beneficio de su desprestigiada causa, poniéndose cuando á sus intereses conviniera, en estado de ostentarse, sino potentes para matar la libertad y el espíritu civilizador de la época, lo bastante fuertes para seguir oponiéndoles resistencia tenaz.

Así se esplica que poco despues de la Revolucion de Setiembre de 1868, y derribado el trono, á cuya sombra el partido absolutista habia recobrado vigor y fuerza, se hallara éste en condiciones favorables y con medios para suscitar la guerra civil.

XXXI.

La Revolucion triunfante elabora una Constitucion altamente democrática, que consigna los derechos individuales, el sufragio universal, la libertad del pensamiento, la libertad de la conciencia, dejando, por una contradiccion palpable, la institucion monárquica hereditaria. Otras leyes vienen tambien á excitar mas el encono y la saña de los partidarios del absolutismo, de los fanáticos en materia de religion: la libertad de enseñanza y el registro y el matrimonio civil, especialmente, les dan pretesto para influir en las conciencias timoratas, y prevaliéndose de la ignorancia tan comun por desgracia, quieren hacer solidaria la causa de la tierra con la del cielo, la de la religion con la política ó el gobierno

y administracion de los pueblos. Los primeros que debian inculcar el respeto á las leyes aconsejan la desobediencia, y el desprecio á las mismas, desprecio y desobediencia que hoy lamentan millares de familias; y muchos de cuyos lábios solo debian brotar palabras de paz y de mansedumbre, de union y de concordia, excitan las pasiones, atizan el fuego de la discordia, y preparan los ánimos á la guerra civil. La eleccion para monarca de un príncipe extranjero de la casa de Saboya, su aceptacion, su subida al trono, y las corrientes de la opinion, cada vez mas favorables á la idea democrática, acaban de quitar las esperanzas á los absolutistas, y ciegos ya de furor, vuelven sus ojos al olvidado pretendiente, y en su nombre empuñan las armas fraticidas, é inauguran la guerra civil.

XXXII.

Unos cuantos meses de reinado azaroso é infructífero para la nacion, hacen comprender al nuevo monarca cuán difícil, sino imposible, ha de serle el sostenerse en el tro-

no, cuanto mas consolidar su dinastia; y en un momento de rara lucidez y de abnegacion, abdica la corona. La ocasion es reputada oportuna, propicia, cual no otra, para la realizacion del ideal democrático, y los unos por conviccion, por temor los otros, éstos por no perder sus posiciones oficiales, aquellos por ganar tiempo, y ver venir, como vulgarmente se dice, se asocian en un pensamiento y se declara que la república es la forma de gobierno del país. Jamás se vió una farsa mas completa; jamás se unieron elementos mas discordes, para confeccionar una forma de gobierno, que solo la fuerza de las circunstancias hacia admisible á un gran número de los que se ostentaron partidarios de ella.

La série de lamentables errores y equivocaciones, á que desgraciadamente venian espuestos desde muchos años atras nuestros hombres de gobierno, continua con el de la república mistificada, y aun después de la especie de algarada que da por resultado la formacion de un gobierno francamente republicano y la disolucion de las Córtes. No solo se vé aquel contrariado por

sus falsos amigos del día, sino por los amigos antiguos, y á la vez no da muestras de grande decision y energia tan necesarias en los momentos supremos y difíciles. La anarquia, casi permanente en la esfera del gobierno, desciende al seno del país. Hombres tan turbulentos como ignorantes, se apoderan de las masas, que sin conciencia de sus deberes, se dejan llevar por los que mas las halagan, y como no hay virtud que oponer en oposicion á la falta de conocimientos y de ilustracion, y como por desgracia el mal que se lamentaba de la corrupcion y de la inmoralidad de las clases elevadas habia ya hecho presa en las que nuevamente nacia á la vida política, se produce una escena de confusion espantosa y permanente que amenaza hundirlo todo en un caos, del que no es posible adivinar lo que ha de salir, así como no se distingue al creador que ha de pronunciar el poderoso *fiat*.

XXXIII.

Viva está la guerra civil, entretanto, y

cobrando nuevos bríos y allegando mayores elementos. El mas vulgar buen sentido, el criterio mas limitado bastaba á comprender que á las armas facciosas era menester oponer las armas legales, las armas de los soldados de la pátria. Error funesto, delirio fué, y de consecuencias trascendentales, el que se produjo en las masas para llevarlas, prevaleándose de las circunstancias y de la desmoralizacion que hacia tiempo minaba al ejército, al desarme de sus batallones, y después á su desorganizacion. En aquellos momentos esto equivalia al suicidio. ¡Cuán estrecha cuenta tendrán que dar á la historia todos los causantes de tamaños desvarios políticos! El instrumento fueron las masas, no hay duda; mas ¡quiénes serian los directores é instigadores de la fatal trama! El tiempo lo revelará, pero hay tanto de culpa para todos. Por contrario que se supusiera el elemento militar á la idea democrática, por mucho que ésta rechace el empleo de ejércitos permanentes, el hecho es que ardiendo la guerra civil era menester conservar organizada la fuerza militar para hacer frente al enemigo, ó en su de-

fecto que, rebozando el patriotismo, llevase á los pueblos al extremo de alzarse como un solo hombre para sofocar la hidra de la discordia civil. Pero ¡cuán lejos se estaba de alimentar este patriotismo; cuán lejos de esta decision viril y enérgica!

XXXIV.

La caída del secular trono de España y el advenimiento á la política de la idea democrática, dieron á conocer al partido absolutista que solo le quedaba recurrir á las armas, y proclamó de nuevo á Carlos VII, como el mas genuino representante de su causa. Como el nombre de este pretendiente no hubiera bastado á hacer gran número de partidarios, se invocó tambien la Religion. Sacerdotes de una religion que anatematiza la violencia, la sangre, la soberbia; que santifica la pobreza, la humildad, la mansedumbre; que pide mártires y no verdugos, son los primeros que con la predicacion y con el ejemplo fanatizan á los pueblos, y empuñando las armas homicidas, obligan á empuñarlas á hombres igno-

rantes de sus derechos y de sus deberes, y que se dejan llevar por los que al comprometerlos en una lucha horrible, en que han de ser necesariamente víctimas, lo hacen solo animados de malas pasiones y de ideas de ambicion, de lucro, y de preponderancia.

Los sucesos posteriores á la caida del trono de los Borbones, vienen, es verdad, á aumentar las filas facciosas, acreciendo su importancia, y dándoles elementos de fuerza de que antes carecian. La desorganizacion del ejército lleva á los facciosos muchos oficiales que, por necesidad ó por despecho dan al olvido sus juramentos y sus deberes; la desconfianza hace tímidos ó recelosos á los gefes de las tropas republicanas, que cejan en la persecucion, temerosos de verse abandonados ó vendidos, y la falta de plan y el desconcierto proporcionan á los facciosos ventajas que aumentan el desaliento y la confusion. La falta de trabajo, la paralizacion que se nota en todo, y la desmoralizacion que cunde, son tambien causantes que llevan á gran número de hombres, á la gente perdida de todos los

partidos, á tomar las armas, como medio de vivir, á costa de los pueblos víctimas del pillage y del abandono; poniéndose á la órden del día el asesinato, el robo, los incendios, las depredaciones de todo género, los actos mas vandálicos, propios solos de los tiempos bárbaros, y que marcan con el estigma de la reprobacion universal la frente de sus directores, autores y cómplices.

XXXV.

Si se necesitaran pruebas de que la guerra es el crimen, la civil que nos aniquila, las suministraría en abundancia. Su origen, su desarrollo, su continuacion, todo lleva impresa la marca del crimen, todo es producto del mal. Mentido es ya el derecho que se pretende alegar á la herencia de los tronos. Los tronos no se heredan. Los tronos los levantan los pueblos, si la institucion monárquica les conviene, por estado y circunstancias dadas; y si una constitucion los declara hereditarios, no es que el pueblo al formarla abdica el derecho para tiempos venideros á volver de su acuerdo

por así convenir á sus intereses. Pasó ya la época del pretendido derecho divino de los reyes; que si los pueblos ayudaron á los monarcas para dar en tierra con el ominoso feudalismo, fué presintiendo que con los tiempos el solo señor feudal que se elevaba sobre las ruinas de los demás, cederia tambien de su poderío hasta llegar á perderlo, si así estaba en el interés y conveniencia de las naciones.

Pero aun suponiendo un derecho á la corona de España, cómo puede alegarlo el llamado Carlos VII? Las leyes de consuno con la voluntad de los pueblos, haciendo para ello enormes sacrificios, han probado una y otra vez cuan falso es el pretendido derecho, haciendo pesar su fallo sobre el abuelo, sobre el padre, sobre el nieto, que viene á quedar reducido á la condicion del hombre ambicioso y despechado que, aprovechando todas las circunstancias que juzga les son favorables, quiere por medio de la fuerza bruta adquirir lo que no le pertenece. Y por la ambicion de un hombre, que ni siquiera ha tenido la suerte de nacer en el pais sobre que quiere reinar como absoluto

señor de vidas y haciendas; que ni aun se le alcanza lo que vá de ayer á hoy, y lo que puede el influjo poderoso del tiempo; por la soberbia satánica de un descendiente de régia alcurnia, que por este hecho puramente casual, accidental, se juzga bastante á reinar sobre millones de hombres, no importa la voluntad de los mas, se promueve la guerra civil, y se lanza sobre la nacion que conceptúa como buena presa, toda clase de males y calamidades sin cuento. ¡Cómo atenuar siquiera lo inicuo de este proceder!

XXXVI.

Ya hemos indicado que el fanatismo es la aberracion, la locura, el delirio. Digno es, pues, de toda reprobacion, lo mismo en política que en religion; pero el fanatismo es doblemente perjudicial y temible si al político se une el religioso; esto sucede al partido absolutista, que tiene ojos para ver y no vé; orejas para oir y no oye; para el que en vano hay sucesion de tiempos, y cuyo bello ideal seria poder borrar de las tablas cronológicas de aquellos los centenares de

años que con poderoso esfuerzo van sacando á la humanidad de la abyeccion en que venia sumida, y librándola de la inmensa pesadumbre que sobre ella habian arrojado la ignorancia y la barbarie.

Desgraciadamente para la causa de la civilizacion y de la humanidad, el absolutismo, y no es cosa nueva sino de todos los tiempos y lugares, ha querido buscar su apoyo en el sacerdocio ó sea en los representantes de la religion; apoyo que estos han prestado gustosos por tener á su vez el de la fuerza, formando esa liga del altar y del trono, que tanto ha pesado sobre los destinos del mundo, y con el solo y esclusivo objeto de conservar perpétuamente la direccion de los mismos y el mando y supremo poderio. Si asi pudo un dia convenir al altar y al trono, á la religion y á la política, hace tiempo que ese maridage es funesto á los verdaderos intereses de la religion católica, que no son ciertamente siempre los de sus ministros. Compréndese que el absolutismo, en las convulsiones de su lenta y terrible agonía, se abraza al fanatismo religioso, como el naufrago á una tabla salvadora; pero no que

los representantes mas genuinos del catolicismo, invocando el nombre del mismo, abracen á su vez un semi-cadáver, próximo á la corrupcion y á la podredumbre. ¿Es por ventura una la causa? Error en que jamás podremos incurrir. La causa del absolutismo es puramente mundana, terrestre: la del catolicismo, celestial, divina. El primero quiere sujetar al hombre, rebajar su dignidad, deprimirlo, mandar en su razon y en su conciencia; la mision del segundo debe tender solo á librarlo de toda clase de tiranias, á elevarlo en dignidad, ilustrando su razon y fortificando su conciencia, para que mas ávidamente busque el bien y la verdad y pueda mejor aspirar á la posesion de los altos destinos que la religion cristiana le ofrece. Si el absolutismo busca cuerpos que tiranizar, la religion solo debe ir á la conquista de las almas para salvarlas, pero nunca por la fuerza y la violencia, sino por el amor y la caridad. Si para domeñar el cuerpo se necesita muy á menudo recurrir á la fuerza, y al tormento, basta á veces una lágrima, una palabra amorosa para cautivar el alma. ¿Por qué especie de aberracion

se establece ese consorcio entre los representantes del absolutismo y tantos y tantos de los que se ostentan representantes del catolicismo? ¿No es un interés exclusivamente personal, y cuando mas de clase; no es cuestion solo de supremacía, de poder, de dominio, de posicion social, de bienes materiales, de lo que se trata? ¿Y para conservar todo eso, y para adquirir lo que se pueda haber perdido, se fomenta la guerra civil, se excita y alienta el fanatismo religioso en ayuda del fanatismo político, y ministros de un Dios de amor y de caridad truecan su santa mision de paz y de concordia por la execrable de guerra y sangre y exterminio?

¿Qué nombre merecé esta conducta? ¿Qué calificacion puede hacerse de semejantes acciones?

XXXVII.

No sabemos, ni es facil preveer si el absolutismo y el ultramontanismo hacen en la actualidad su última campaña en nuestro desgraciado pais, pero sí sabemos, porque

los hechos nos lo prueban, que sus esfuerzos son supremos como si tuviera la seguridad de que perdida esta ocasion, su desprestigiada causa ha de hundirse para siempre. Las circunstancias especialísimas de España la han hecho teatro de la lucha, pero no son intereses ni cuestiones puramente españoles los que en ella se ventilan, sino los intereses bastardos del absolutismo y del ultramontanismo en general. Véase sino los auxilios de todo género que los escasos pero poderosos partidarios de tan desacreditados y perjudiciales sistemas, suministran á las huestes facciosas.

Cuando se considera que sin esa ingerencia de poderes extraños á nuestras disensiones, que no por ser indirecta, es menos eficaz, la guerra civil podia haberse extinguido, no hay palabras con que calificar á sus autores. Los conceptuamos mas culpables, mas criminales que los mismos que empuñan las armas, esponiendo á la vez su vida, como miserables instrumentos y agentes ínfimos los mas. Y en efecto, el que pone el arma en manos del asesino ó del homicida, y lo incita á cometer el atentado, y

se lo paga, es cien veces mas criminal que el perpetrador del hecho. En la guerra que nos aniquila, los mayores culpables son los que abusando de la ignorancia y del fanatismo religioso de gente sencilla, arman sus brazos y les suministran todo género de auxilios para continuar una lucha sangrienta y bárbara, esponiendo á cada momento sus vidas y sus intereses, cuando sus instigadores y favorecedores están á cubierto de todo riesgo y de toda responsabilidad material.

Véase, pues, como bajo cualquier aspecto que se considere la guerra civil, en su origen, en su desarrollo, en su continuacion, en sus hechos, en sus accidentes, en sus autores, en sus sostenedores, favorecedores y cómplices, siempre se vé dominando en todo las mas aviesas pasiones, la ambicion, el dolo, el fraude, la traicion, el engaño, en una palabra, el crimen.

XXXVIII.

Así como la razon nos lleva á creer cuánto se han dificultado las guerras de con-

quistas y religiosas, ella nos demuestra, por desgracia, que no debemos tener la misma consoladora esperanza respecto á las guerras civiles; calificación que deberá darse también á las que puedan suscitarse entre las naciones que participan de los influjos de la civilización. Esta no ha dicho aun su última palabra, y la humanidad dista mucho de la plenitud de su perfección. Hay todavía mucha ignorancia en las masas populares, y son necesarios años muchos de educación para hacerles comprender toda la extensión de sus deberes, si han de ponerse en estado de gozar debidamente de todos los derechos inherentes al ser humano racional.

Imponderable es lo que se ha adelantado; acaso lo mas esté hecho; pero aun queda por hacer lo que tampoco es fácil enumerar. Hay muchos abusos que destruir, injusticias mil que reparar, errores que combatir, resabios no extinguidos de tiempos pasados con otros creados en los modernos por causas fáciles de preveer. Para la desaparición paulatina de todos esos males ha de haber ataque y resistencia, menos rudo el uno,

menos tenaz la otra, es cierto, á medida que la ilustracion se difunda, y la cultura sea mayor, y la razon mas imperante. El advenimiento de lo que se llama cuarto estado á la vida política, á la plenitud de la vida social, no traerá consigo los errores que acompañaron á la emancipacion de lo que clasificamos de clase media. Creemos que no todo se encomendará á la decision de la fuerza bruta, pues la experiencia nos viene demostrando cómo el buen sentido, y unos mas rectos principios de justicia y de humanidad, van presidiendo á la mejor solucion de grandes cuestiones económicas y sociales, que en sus encontrados intereses, no chocan abiertamente, sino que aspiran á hermanarse en bien de todos, por medio de hábiles combinaciones, y de concesiones prudentes y contemporizadoras.

Si fuera posible que las aspiraciones de los unos y las resistencias de los otros, se fuesen templando á las exigencias de los tiempos, y á la fuerza de las circunstancias, podríamos alentar la esperanza en la desaparicion de las guerras civiles, mas para ello seria menester un grado de ilustracion y de

moralidad que aun no hemos alcanzado. Pero las guerras civiles que puedan surgir en lo sucesivo, excepcion hecha de la actual, no revestirán el carácter de crueldad y de fiereza que tantas otras pasadas, ni serán de larga duracion; triunfando siempre el buen derecho. El poder de las ideas es hoy inmenso por los poderosos medios de propagacion que cuentan, y el dominio de la razon casi soberano, siendo tal su fuerza que aun los mismos que mas parecen resistirla, supeditados por añejas é insostenibles preocupaciones y principios de otras edades, se dejan arrastrar, acaso sin quererlo, cayendo en mil contradicciones lastimosas. Las nuevas ideas, pues, civilizadoras y humanitarias, únicas que pueden preponderar, y la sana razon en la plenitud de su ejercicio, serán los escollos insuperables en que las guerras civiles vengán á estrellarse, aminorando su fuerza bruta y su bárbara pujanza.

XXXIX

La guerra está en decadencia, no obstan-

te esos inmensos alardes de fuerza que se ostentan, por los cuales pudiera creerse en una próxima conflagracion general. La guerra está en decadencia, porque deja de ser lo que era, porque la fúria inhumana se humaniza; porque la civilizacion va coartando sus ímpetus, y cercándola cada dia mas de una atmósfera tan impropia á su naturaleza que acabará por asfixiarla. La guerra va en decadencia porque á la guerra acompaña ya la sublime hermana de la caridad, el intrépido sócio de la cruz roja, la filantropia, la asistencia y el cuidado para los heridos, sin distinguir entre amigos y enemigos; el respeto que se merecen los prisioneros, la consideracion que se debe guardar á los vencidos, y la terminacion de los falsos alardes de gloria y de triunfo á los vencedores. La guerra va en decadencia, porque solo puede ya promoverla la idea de un deber, y como tal no traspasa los límites que el mismo supuesto deber impone, y á su terminacion, breve porque las condiciones en que ha entrado no consienten otra cosa, la enemistad desaparece, y aun sobre los mismos campos de batalla los enemigos de hoy

vuelven á ser los amigos de ayer, como serán los de mañana. Frenos todos puestos al mónstruo de la guerra, la guerra los tasca, y los sufre porque no le es posible ya romperlos.

¡Oh mágico poder de la civilizacion! ¡Oh predominio de las ideas humanitarias! El único poder autocrático de la Europa, el emperador de Rusia provoca un congreso internacional para exponer sus proyectos humanitarios en favor de los heridos y prisioneros de la guerra. Al pronto no se acogió lo son con reservas por parte de otras naciones; pero hoy mismo se produce mejor acuerdo y Alemania, Austria y otros países se muestran dispuestos á aplicar los principios internacionales sometidos al congreso de Bruselas.

Sí, la guerra va en decadencia! Felicítense por ello los amigos de la paz, y aúnen sus esfuerzos generosos á fin de apresurar el día en que para conocer sus estragos y horrores, haya que recurrir á las páginas sangrientas de su historia.

Con la terminacion del primer tomo de la

REVISTA, damos punto á nuestras reflexiones sobre la guerra, sin perjuicio de continuarlas, pues al hacerlo creemos prestar un servicio á la humanidad. Ojalá nuestras débiles y desautorizadas palabras tengan eco, y á él respondan los de miles de voces mas potentes que la nuestra, que consigan formar una opinion tan universal como robusta é inquebrantable, contra el mayor y mas implacable enemigo de la humanidad: contra la Guerra.

ASOCIACION Y AHORRO



ASOCIACION Y AHORRO

I.

La humanidad adelanta! La humanidad progresa! Cada dia surgen nuevas y mas brillantes manifestaciones que asi lo acreditan.

Si pasan desapercibidas para las inteligencias pobres, para las ricas, para las fecundas se presentan en todo su esplendor.

Si hay espíritus que al notarla se apocan y amilanan, hay otros que cobran mas vigor, mas energía; porque si los primeros en su timidez solo ven en esas manifestaciones esfuerzos de lo que llaman la soberbia humana, los segundos, en su vitalidad, las tienen como naturales consecuencias de la suprema ley del progreso.

No, no es que la humanidad en su orgullo satánico, como pretenden algunos, quiera elevarse hasta su Creador; no es que pretenda fabricar otra nueva torre de Babel para escalar los cielos; es que quiere hacerse cada vez mas digna de los grandes destinos que le tiene reservados la Omnipotencia Divina, como lo comprueba con elocuencia irresistible el camino que lleva recorrido á traves de los tiempos.

En su constante, aunque penosa marcha, si ha podido verse contrariada por el espíritu del mal, por los funestos génius de la ignorancia y del fanatismo, por el desbordamiento tambien de pasiones tumultuosas, estallando de resulta de una larga y terrible compresion, salvando al fin los obstáculos; á fuerza de dolorosos sacrificios ha continuado adelante, siempre triunfadora, jamás vencida. Y á medida que ha ido avanzando, que ha salvado vallas, y arrancado los abrojos y zarzas que desgarraban su vestidura y martirizaban su carne, ha ido penetrando en un terreno mas franco, y abarcado otros mas vastos horizontes de luz, como consecuencia natural, su marcha ha

sido mas rápida, y en estos últimos años, sobre todo, ha avanzado mas que antes en la duracion de los siglos.

¿Quién, cuya inteligencia no esté envuelta en las densas tinieblas de la ignorancia, se atreverá á negar el progreso de la humanidad? ¿Quién, cuya alma no esté á fuerza de dudar, fria, como la losa de un sepulcro, podrá no tener cada dia mas fé en que la humanidad camina hacia la perfeccion, que la busca anhelante, y que no desespera de encontrarla, al menos en cuanto sea posible en este valle de lágrimas? Sí, mejorar cada vez mas la condicion humana, hé aquí el grande y misterioso trabajo que se viene elaborando en el seno de las sociedades, y del cual á cada paso aparecen los ricos productos que contribuyen á aumentar el bien moral y material de las clases todas.

El siglo xix es el que ha tremolado mas alto la gloriosa enseña del progreso de la humanidad. Un tercio le queda antes de ir á perderse en la noche del tiempo, y si hemos de juzgar de sus esfuerzos venideros por los gigantescos trabajos que ha cum-

plido, ¿quién sabe la herencia afortunada que podrá legar á su sucesor?

Hoy asistimos á la mas grande de sus elaboraciones; al principio de una de sus mas admirables y fecundas transformaciones; al mejoramiento de las clases trabajadoras; á la idea, que se va traduciendo en hechos, de emanciparlas, en cuanto sea posible, de tantas penalidades, y sobre todo de la miseria que parecia ser su único dote sobre la tierra.

Para ello, partiendo de la base de la dignidad del hombre, y del trabajo, sean cualesquiera sus condiciones; dejando á un lado como falsas y viciosas, las mil y una ideas forjadas por quiméricas utopias, cuyo resultado sin dar el apetecido, solo podian servir para producir profundos trastornos sociales; haciéndolo todo dependiente de la fuerza de la voluntad del hombre, de su educacion, de la morigeracion de sus costumbres, de los nuevos hábitos de economia que en ellos se crean; sin cansar la caridad para lo que no puede alcanzar, por prodigiosas que sean sus fuerzas en sus manifestaciones y medios de produccion;

adoptando el fecundo principio de que «nadie puede salvar al obrero del pauperismo, si no es el obrero mismo» muchos hombres superiores, para honor y gloria suya y bien de sus semejantes, han consagrado y consagran largas vigiliass y hacen profundos estudios, á fin de convertir en una realidad dichosa lo que parecia un sueño, una ilusion.

Ayer el trabajo era un signo de oprobio, hoy es una honra: ayer el trabajador era una cosa, hoy ha alcanzado la dignidad de hombre; ayer estaba aprisionado, sujeto, hoy es libre; ayer para las clases trabajadoras, para los obreros no habia otro porvenir que la miseria, hoy empieza á lucir para ellas otro sol, el sol de una esperanza cuya realidad va tocándose. Oh, sí! no es una ilusion, no es una utopia! el artesano, el obrero pueden ya tener crédito, aspirar al crédito; pueden ser hasta propietarios!

Y, sabeis como pueden hacerse esos prodigios? Por medio de la Asociacion. Ella es la maga cuya varilla puede producir ese bien inmenso, y variar la condicion moral y material de las clases trabajadoras, de

las obreras. Los prodigios han empezado á manifestarse y se repiten uno y otro dia, allí donde la instruccion se halla mas estendida, allí donde el sol de la verdadera civilizacion luce mas puro, mas brillante.

Vamos á emprender la tarea de dar á conocer á nuestras clases trabajadoras hasta que punto la Asociacion es ya fecunda en resultados como los que hemos indicado, en otras naciones, particularmente en Alemania, donde las *Sociedades cooperativas*, en sus diferentes géneros, están produciendo beneficios incalculables, y cuya idea años atrás se hubiera juzgado como parto de una imaginacion calenturienta, como hija del delirio, y por lo tanto irrealizable en el estado normal. Pero antes debemos hacer notar una cosa importantísima, condicion primera, indispensable á nuestro juicio, para que aquella idea benéfica se estienda por todas partes, y por todas produzca sus admirables efectos.

La idea de la Asociacion, llevada al terreno de la práctica en la formacion de las *sociedades cooperativas*, implica las de confraternidad, confianza, economía, laborio-

sidad, honradez, moralidad, la de la instruccion, en fin, y con ella el conocimiento de los deberes y de los derechos de los asociados. Allí, pues, donde la instruccion está mas estendida, donde, por consiguiente las virtudes privadas y públicas tienen mas señorio, mayor imperio, allí es donde nace y se fomenta siempre el bien. Llámánle y acójenle donde los sentimientos morales están mas vivos, donde, efecto de la educacion se piensa, se medita y se comprende toda su estension; pero míranle indiferentes, si es que se llega á tener noticia de él, allí donde la mayoría vive en un lastimoso atraso, y la vida de la inteligencia, del espíritu yace sumida en el marasmo. Este hecho es constante y de todos los tiempos, y no es necesario aducir argumentos para comprobarlo. Está en el orden natural que asi suceda.

Por desgracia, y aunque nos cause dolor el confesarlo, pesa sobre nosotros la ignorancia de una manera abrumadora: largos años de atraso nos separan del estado de otras naciones en lo que tienen de verdaderamente civilizador, que es la instruc-

cion. Avergonzados, sin duda, por ello, hemos pretendido nivelarnos en la apariencia, tomando lo que hemos creído mas á propósito á producir y á fomentar la ilusion y á servir de paso á determinados intereses materiales; y aun esto lo hemos hecho de un modo incompleto, porque no era posible otra cosa. Por ejemplo, hemos querido hacer muchos ferro-carriles, cuidándonos muy poco, si no es que olvidándolo, de las otras vias mas modestas de comunicacion, pero altamente necesarias á la vida de los primeros. Hemos admitido otros adherentes, si se quiere supérfluos, ó de puro brillo de la civilizacion, pero no hemos llegado á ocuparnos como debiera haber sido, del núcleo, del nervio de ella, de la educacion de las masas, de procurar la debida instruccion á las clases trabajadoras, para arrancarlas del estado de ignorancia en que yacen.

No culpamos á nadie: la culpa es de todos, y no poca parte les cabe á esas mismas clases. ¡Trabajo cuesta comprender el indiferentismo en que viven respecto á un punto tan vital para ellas!

Menester es hacer por todos cuantos es-

fuerzos sean imaginables, empleando al efecto todos los medios adecuados, á fin de que el sol de la verdadera civilizacion las vaya alumbrando con sus primeros resplandores; á fin de hacerles comprender lo que ya es un hecho en otros paises mas afortunados: que pueden aspirar á un porvenir venturoso, relativamente al en que se hallan, emancipándose de la ignorancia, y de la miseria, natural consecuencia de aquella.

II.

Hace mucho tiempo que el mejoramiento de las clases trabajadoras venia ocupando la atencion de los gobiernos ilustrados y de los hombres filantrópicos. Merced á los esfuerzos de los unos y de los otros, sucesivamente se ha ido inventando y planteando instituciones adecuadas á satisfacer algunas de las necesidades mas apremiantes de aquellas clases; pero no bastantes á proporcionarles un medio que pudiese venir paulativamente á sacarlas de su triste condicion. Nuevos trabajos, nuevas combinaciones, hijas del ardiente deseo de hombres pensadores en favor de esas clases desheredadas, han podido en estos últimos años, sino hacernos creer que se ha descubierto el gran secreto, al menos que se han levantado algunas puntas del velo que oculta el misterioso porvenir de las mismas.

Detengámonos un momento á contemplar el espectáculo que han venido ofreciendo las clases trabajadoras, en su grande ma-

yoría. Su historia podría compendiarse en tres palabras: nacer, sufrir, morir! Carencia absoluta de educación, ó casi nula; alimentación escasa y mala para el cuerpo; alojamiento por lo general insalubre; un trabajo continuo y pesado, que apenas les proporciona para las necesidades mas apremiantes de la vida; ni goces de sociedad, ni goces de familia, porque no hay goces en la miseria, ni en el estado de abyección en que se cae cuando la inteligencia yace envuelta entre tinieblas... He ahí el cuadro que han venido presentado esas clases. Un día sombrío, una noche tempestuosa! sin un recuerdo dulce de ayer, sin un aliciente hoy, sin una esperanza para mañana! Dominante la materia, esclavo el espíritu! Obedeciendo solo al instinto, dejándose, en suma llevar arrastrados por esa especie de fatalidad que las meciera en su cuna, que las encadenaba á su mísero destino como si no fuese posible en lo humano sustraerlas de él!

Pero esas clases; si vinieron al mundo desheredadas, no vinieron condenadas: en el banquete de la vida hay un lugar legítimo para todos los puestos de honor, los pri-

villegiados son indudablemente para los menos: si por un error de la suerte suelen ocuparlos algunos; sin títulos, aquellos serán siempre para los que mejor sepan hacerse lugar por su verdadera importancia: el dominio será siempre del que mas sepa, del que mas valga. Pero, para todos, repetimos, hay sitio, hay lugar; falta irlo buscando, ir mejorando en él paso tras paso, lo que solo se consigue á fuerza de energia, de voluntad, de inteligencia, de virtudes, en fin.

Para mejorar la condicion material de las clases, es menester mejorar su condicion moral, y nada, al efecto, mas adecuado, mas poderoso que la instruccion. A difundirla, pues, debian dedicarse los primeros esfuerzos de los gobiernos, de los hombres ilustrados, amantes de la humanidad, y ciertamente que no fueron infructuosos. Popularizando la instruccion, llevándola de las ciudades á las villas, á las aldeas, á los campos, se han obtenido inmensos resultados; consecuencia, que clases enteras sumidas antes en la ignorancia y en los vicios, hijos de ella, están hoy algo ilustradas y morigeradas, conocedoras de sus

derechos y de sus deberes, y aptas por consiguiente para comprender los beneficios que la práctica de ideas generosas ha de proporcionarles. Por desgracia no en todos los países se ha dado ese impulso á la instrucción de las clases populares, y nosotros estamos lastimosamente rezagados en esa senda. Es menester adelantar rápidamente lo perdido: la instrucción gratuita debe extenderse hasta lo sumo y si es preciso debe hacerse obligatoria. Somos amantes de la libertad, no queremos que se cohibala libre acción individual; pero si muy justamente esa libertad está cohibida en cuanto pueda perjudicar el derecho de otro, ¿qué mas perjudicial al derecho de todos que la ignorancia grosera, origen de tantos males, en que yacen clases enteras de nuestra sociedad? Si el suicidio es un acto punible, que no se deja cometer á sabiendas, ¿por qué se ha de permitir ese otro suicidio de la inteligencia, del alma? Porque tanto vale matarlos, como no darles el alimento que necesitan, como dejarlos sumidos en la noche eterna de la ignorancia y del error. Si, es menester que nuestras clases populares se

instruyan, para que con la educacion se ilustren y moralicen; de otro modo no hay redencion!

Es un delirio, cuyos desastrosos efectos se han tocado, y Dios quiera no se toquen otra vez mas, creer que de la noche á la mañana puede variar la condicion de las clases trabajadoras, recurriendo al efecto á medios violentos, y poniendo en práctica ideas que no han podido sostenerse á la luz de la razon y del exámen. Es una locura pensar que pueda trastornarse hasta tal punto el modo de ser de la sociedad, que varíe radicalmente la condicion de sus diferentes clases. Si las quimeras de algunos soñadores pudieran llegar á traducirse en hechos, sobrevendría una inmensa perturbacion social, de resultados tan terribles, como infructíferos para las clases trabajadoras que á poco volverian á caer en un grado mayor de abatimiento y de miseria. Seria un eclipse de inmensas proporciones, que oscureceria el sol de la civilizacion: un retroceso y un estancamiento en la marcha del progreso de la humanidad.

La redencion de las clases trabajadoras

solo puede verificarse por las virtudes de las mismas: pensar otra cosa es un delirio! Sin embargo el delirio existe, su fiebre se ha hecho contagiosa. ¿A qué se debe? Mas que nada á la ignorancia popular: la ignorancia no discierne; la ignorancia es crédula: halagad su parte mas sensible, acaso la única sensible, que es la de los bienes materiales, y estad seguros de que tendrá por oráculos los mayores absurdos. El remedio está solo en la instruccion. Como el sol al mediodia penetra en todas partes, así es menester que la instruccion se difunda por el pueblo, que alumbre mas ó menos todas las inteligencias, pero que no quede una á la que no alcance algo de su luz. Es menester que las escuelas públicas gratuitas se multipliquen, y que ni un solo niño deje de asistir á ellas; es menester, que las de adultos se establezcan por do quiera, y que por todas clases de medios se haga por que sean frecuentadas; es menester que haya unas y otras de párvulos, no solo para que desde su mas tierna edad vaya imprimiéndose en sus corazones los sanos principios de moralidad y de virtud, que desgraciada-

mente no han de encontrar hoy por hoy en el hogar doméstico, sino tambien para dejar mas desembarazados á sus padres en la vida de trabajos que llevan, y por cuya causa muchas veces tienen que dejar abandonados á sus hijos, ó entregados á personas indiferentes. Y no basta esto, no. Se necesita tambien que, al menos en los grandes centros de poblacion se creen ateneos, casinos de artesanos, lecturas públicas, bibliotecas populares. Todo esto preciso es hacerlo, y con preferencia á cualquiera otra necesidad, pues no la hay social mayor que á la que nos referimos.

Ya lo hemos indicado: la instruccion es el principal elemento de la Asociacion, y ésta el móvil del mejoramiento de las clases trabajadoras. ¿Y cómo careciéndose tanto entre nosotros de la primera, hemos de llegar á la segunda, y participar del bien que por su medio empiezan á disfrutar los obreros en otros paises mas afortunados? ¡Leer, escribir! he aquí lo que pedimos al pueblo. Cuando se para mientes en lo fácil que es aprender á leer, á formar letras, trabajo solo de unos dias, de unas cuantas

horas, en unos cuantos meses, no se concibe el estado de atraso del pueblo español, que en su inmensa mayoría no sabe leer!

Pero ¡cuántos años, cuántos millones se necesitarán para lograr el objeto apetecido! Y cómo, y por qué medios sufragar tan inmensos gastos en nuestro estado de penuria! Y es verdad al parecer. ¿Pero qué son los años en la vida de los pueblos, de las naciones? ¿Pero qué no puede una voluntad enérgica é ilustrada? Aun hay mas: apliquemos el sistema de asociacion á la instruccion: hagámos una propaganda, sobre todo en los grandes centros de poblacion, en las capitales, para los adultos. Seamos maestros. ¿Tan difícil parece? Que no se lean nuestras palabras con la risa de la incredulidad ó del desden en los lábios. Fórmense sociedades de instruccion, para enseñar aunque sea solamente á leer á los adultos: que el ser sócio se repute por los mismos un título de honor, y que éste lo tenga en enseñar á leer en un tiempo dado á un mayor número de obreros, de artesanos; que esta enseñanza sea particular; que el sócio en las horas que mas convenga reuna en su

casa á uno ó dos obreros, trabajadores, conocidos suyos con los que pueda tener alguna influencia, á los que pueda atraer con la persuasion y el halago... ¿Quién es capaz de calcular los inmensos resultados que una asociacion de este género podria dar en poco tiempo? Desde luego se salvaba un gran inconveniente: el mayor acaso que pueda ofrecerse á una grande asistencia á las escuelas de adultos: la falsa vergüenza de los alumnos. Con nuestra idea no seria el maestro, ni el sitio una escuela pública, con quién, ni donde el obrero, el artesano iria á aprender á leer, á escribir; el maestro seria el amigo, el conocido, el influyente; la escuela seria la casa particular: habria si se quiere hasta el secreto.

Lanzamos esa idea al viento de la publicidad: ojalá caiga en tierra donde pueda germinar, y dar frutos. Si hay quien no la juzgue insensata que se acerque á nosotros y meditemos sobre ella.

Aunque parezca que nos hemos apartado algun tanto del objeto que nos hemos propuesto al empezar á escribir estos capítulos, perdónesenos en gracia del objeto.

Sin embargo, si bien se medita acaso no faltamos en mucho á nuestro propósito, sobre todo en nuestro deseo de que los beneficios que la Asociacion va produciendo en otros paises á las clases trabajadoras puedan estenderse á las nuestras.

III.

Indicamos en el capítulo anterior, que el mejoramiento de las clases trabajadoras venia llamando hacía tiempo la atencion de los gobiernos y de los hombres ilustrados, y que empezando por fomentar y estender la instruccion popular, base de aquel, sucesivamente se han ido inventando y planteando instituciones adecuadas á satisfacer algunas de las necesidades mas apremiantes de aquellas clases.

Si bien la Caridad, con su espíritu fecundo, habia ideado trazas miles, y fundado otros tantos establecimientos piadosos para acudir á las múltiples necesidades de las de clases pobres, sin embargo su accion benéfica, ni podia ejercerse en un campo tan extenso, ni era bastante á producir la anhelada mejora en las clases trabajadoras. En efecto, no es la limosna la que estas necesitaban; sino irlas poniendo en condicion de que en ningun caso tengan que pedir-

la, ni se vean apuradas, hasta tener que recibirla.

Para esto despues de ilustrarlas, á fin de moralizarlas, y hacerles comprender las grandes ventajas de la economía, del ahorro, del crédito, de la asociacion para ponerlas en estado de aspirar á todo eso, pues de todo necesitan y especialmente del ahorro para mejor poder optar al crédito, era menester proporcionarles los medios adecuados al efecto.

Fijándose desde luego en la imposibilidad de que el obrero lo mismo que el industrial de pocos haberes, pudiesen obtener crédito, cuando en realidad no teniendo capital propio, ó poseyéndolo muy corto, son los que mas necesitan de aquel, se idearon dos instituciones que viniesen á salvar en parte aquella dificultad. Fueron estas las *Cajas de ahorro* y los *Montes de Piedad*. Estas dos instituciones conspiran: la primera á aminorar en las clases trabajadoras ó necesitadas, las ocasiones de tener que recurrir al crédito; la segunda á proporcionárselo con las condiciones mas favorables ó menos onerosas.

Como quiera que las garantías que puede ofrecer un trabajador, un pequeño industrial, son puramente personales, les es muy difícil encontrar quien les preste sino con condiciones onerosísimas, que respondan al riesgo que corre el prestamista. Y esto se comprende bien por mucha que sea la moralidad de un trabajador, por reconocida que sea su honradez, siempre hay circunstancias que le son desfavorables para obtener crédito: una parada, una enfermedad pueden impedirle que cumpla sus compromisos: la caridad podrá tenerlo esto en cuenta, pero no así el negocio, que calcula todas las probabilidades, y trata de ponerse á cubierto de toda pérdida.

Sobre la dificultad, pues, de encontrar un préstamo en caso de apuro, hay la mayor del elevadísimo interés con que llega á hacerse, interés que, como es sabido, se ha elevado por parte de muchos prestamistas hasta el 60 y mas por 100; y las mas de las veces con garantía siempre de prenda, que por regla general quedaba perdida para el deudor. Hoy podrá esto estar mas regularizado, pues los prestamistas particulares tie-

nen que sujetarse á ciertas reglas, pero la cuestion del alto interés continua en pié.

Los Montes de Piedad vinieron, pues, á prestar un gran servicio á las clases mas necesitadas, debiendo por esta razon ser considerados como establecimientos benéficos, á la vez que tambien como de crédito, segun la importancia y estension de sus operaciones. No vamos á hacer la historia de los Montes de Piedad. Es demasiado conocida de todos, y el desarrollo que han tenido prueba la bondad de la institucion. En España debian obtener tambien la misma favorable acogida, y en honor de los sentimientos benéficos de nuestro país, debemos decir que son los que de su clase prestan con condiciones mas favorables.

Los préstamos se hacen sobre alhajas de oro, plata y pedreria, sobre telas, ropas en buen uso y otros efectos, y con arreglo á la tasacion hecha en el establecimiento. En lo general, el tiempo del empeño es por un año en alhajas y pedreria, y otros efectos, y solo de seis meses en las telas y ropas de lana. Terminado el tiempo de compromiso, los objetos empeñados y no rescatados se

venden en pública subasta, y reintegrado el Monte de la cantidad prestada é intereses devengados, con mas el 1 por 100 por derecho de venta, al excedente queda á favor del dueño de la cosa asi enagenada.

En algunos Montes de Piedad, en Bélgica, por ejemplo, se facilita la rendicion de los objetos empeñados admitiendo cantidades á cuenta durante el tiempo del empeño, como tambien el de ir sacando sucesivamente parte de los objetos que forman un empeño ó lote. Esta segunda facultad complica mucho las operaciones, por mas que pueda proporcionar alguna ventaja á los interesados; pero la principal que es la de ir dando á cuenta, se puede hacer en nuestros Montes de Piedad, al menos en los que llevan unidos las Cajas de ahorros, por medio de la imposicion en estas de las cantidades que se quiera, desde 4 reales en adelante.

Si el objeto fundamental de los Montes de Piedad ha sido uno en todos, el de facilitar el préstamo á un interés módico, con todas las mayores facilidades para que puedan los necesitados rescatar y no perder los

efectos dados en garantía, en su formación difieren mucho: en su mayoría se han constituido con fondos del Estado, ó de la provincia, ó por medio de donativos y legados, y tambien tomando capitales á un bajo interés. Los hay tambien de sociedades. Los beneficios que se obtienen se destinan en muchas partes á favor de establecimientos de beneficencia, sobre todo, donde se han establecido con fondos de ésta. Hay otra combinacion que seria sin duda la mas aceptable, pero que ofrece graves inconvenientes, y que no ha podido prevalecer en absoluto. Que el capital de los Montes de Piedad tuviese origen del formado por la economía ó el ahorro en las Cajas de este nombre. Para esto seria necesario que el ahorro estuviese muy generalizado, y abundasen las entradas en la Caja, tanto que pudiese responder á las necesidades del Monte. De este modo los beneficios de los imponentes en la primera podrian ser mayores que los que hoy obtienen; pero esto no es posible suceda; los Montes de Piedad necesitan en parte de un capital independiente para sus operaciones, y la union á

ellos de las Cajas de ahorro es una especie de auxiliar, ó de aumento al capital, cuando aquel no es excesivo, ó no basta á cubrir todas las necesidades del Monte. Si un establecimiento de esta clase no contase con más capitales que los de la Caja de ahorro, podría llegar ocasion en que tuviese que paralizar sus operaciones, y acaso dejar de ser; como sucedería en épocas tristes de penuria, de crisis, de revoluciones en que la Caja estaria en situacion inversa del Monte; es decir que á medida que las operaciones de éste irian en alza por las mayores necesidades de las clases trabajadoras y otras, las de la segunda irian en baja, porque los imponentes se apresurarian á retirar sus fondos. Es, pues, para nosotros preferible la combinacion de los dos elementos: capital aportado por una sociedad, con un objeto benéfico, como es el de los Montes, y capital procedente de las imposiciones en las Cajas de ahorro, establecidas tambien con el objeto de acostumbrar á las clases trabajadoras al ahorro, y de conservarles el pequeño que puedan tener, haciéndoselo algun tanto productivo.

IV.

Si la institucion de los Montes de Piedad tiende á suministrar á las clases necesitadas algunas cantidades, ó lo que es lo mismo asegurarles algun crédito en condiciones menos onerosas, la de las Cajas de Ahorros procura aminorar la necesidad en esas mismas clases de recurrir al crédito. En efecto, estas cajas reciben las economías que puede hacer el obrero, el pequeño industrial, todo el que trabaja, en fin, durante sus buenos tiempos (si nos es permitido llamarlos así) de salud ó de trabajo. Estas economías pueden servirles para las épocas en que la falta de trabajo, ó las enfermedades mantienen inactivos sus brazos. El que carece de ellas tiene que contraer empeños que agravan mas y mas su triste situación, ó bien recurrir á la caridad oficial ó particular, cosa que repugna siempre, que lastima en cierto modo los sentimientos del hombre. Si por fortuna del imponente, ningun accidente desgraciado le

obliga á recurrir á sus ahorros, estos pueden irse aumentando hasta formar un pequeño capital que permita al obrero establecerse, al pequeño industrial aumentarsu industria, al padre dar carrera á sus hijos, y finalmente á proporcionarse un socorro para hacer menos trabajosos los dias de su vejez.

Pero este aborro, se dirá, puede hacerse sin necesidad de las cajas. Hay que distinguir. Podrá empezar á hacerse, pero nunca llegará á crecer, jamás á conservarse: el trabajador, el que lleno de privaciones siempre, haya podido en un dia dado depositar en el fondo de su arca una pequeña cantidad, al menor contratiempo, por satisfacer acaso una necesidad del momento, pero pasagera tambien, acaso por un simple deseo, recurrirá á ella, teniéndola á mano, y su buen propósito de ayer lo verá perdido, por la exigencia mas ó menos apremiante de hoy. Otra cosa sucede cuando el ahorro no se tiene á mano para disponer al instante de él; pasa la necesidad, desaparece el deseo: sucede lo mismo que si se careciera de medios á satisfacer la una ó el otro; y el

ahorro permanece. Además el ahorro guardado por el que lo procura nada produce, á la vez que el que se lleva á la caja ofrece el aliciente de algun interés. Véase, pues, cómo las Cajas de ahorro sirven y mucho para atraer y colocar las pequeñas economías, para estimular al obrero, al trabajador á hacerlas, ofreciéndoles una colocacion segura y haciéndoles reportar un modesto beneficio.

En otras naciones las cajas de ahorro se han generalizado mucho: no así, por desgracia, entre nosotros, donde es muy corto el número de ellas, y contadas las que han llegado á tener cierta importancia; lo cual dice muy mal á favor de los hábitos de economía y de prevision de las clases trabajadoras.

En las Cajas de ahorro se admiten toda clase de imposiciones desde 4 rs. en adelante, hasta el máximun de 3 ó 4000: mientras no pasa de esta última cantidad ganan las impuestas un interés de 3 ó 4 por 100: las escedentes se admiten solo como á depósito. El método es muy sencillo. El imponente recibe en la Caja una libreta, debida-

mente autorizada, en la que á la vez que en los libros del establecimiento se le anota las cantidades que sucesivamente va depositando: al fin de año se le cargan los intereses devengados que vienen á ser aumento de capital, y que á su vez ganan tambien interés. Cuando el imponente necesita retirar una parte de sus fondos, se anota la salida en la misma libreta, y asi hasta que llega el caso de la liquidacion general de ella, por la retirada total de las cantidades impuestas, en cuyo caso cancelada la libreta queda recogida por el establecimiento. Las peticiones hasta cien reales se satisfacen en el acto que se hacen, y en los dias hábiles al efecto; desde cien reales hasta quinientos á los ocho dias de hecha la peticion, y á los quince dias desde quinientos reales en adelante.

En nuestro pais, como hemos dicho, los fondos de las Cajas de ahorro pasan en lo general al Monte de Piedad, ofreciendo asi las mayores garantias á los imponentes. En Francia las autoridades locales ó las administraciones municipales son las que crean y administran las Cajas de ahorro,

y el Estado se encarga de la guarda y del empleo de los fondos, á los cuales bonifica un interés que no pasa nunca del 4 por 100.

Mayor es infinitamente el desarrollo obtenido en las Cajas de ahorros de Inglaterra; pues á la vez que en Francia en 1861 solo contaban con unos 400,000 imponentes por valor de unos 1500 millones de reales, en Inglaterra llegaba el número de los primeros á 1.580,000 por valor de cerca de 4000 millones de reales. Después se le ha dado aun mayor impulso, por medio de la ley que dispuso que todas las oficinas de correo, con autorizacion del director general del ramo, pudieran transformarse en verdaderas Cajas de ahorro, recibiendo y reembolsando los depósitos de todo el que quisiese economizar. Por este medio las Cajas de ahorro han penetrado hasta los pueblos mas pequeños y apartados, donde jamás podria haberse pensado crear un establecimiento especial para recoger y administrar los ahorros del pobre.

Hasta hace poco estas dos instituciones habian sido tenidas como un gran adelanto,

como una gran mejora en beneficio de las clases trabajadoras. Pero desde que mas profundos estudios sobre las necesidades de ellas, y nuevas combinaciones para mejor satisfacerlas, han venido á mostrar practicamente que se puede hacer todavia mucho mas en su favor, se han levantado objeciones contra los Montes de Piedad y Cajas de Ahorros, que si pueden tener fundamento, comparadas con otras nuevas instituciones, no son bastantes á desacreditarlas ni á hacerles perder su importancia, ni el influjo benéfico que egercen.

Los Montes de Piedad, se dice, ni pueden conceptuarse establecimientos benéficos, ni pueden llamarse de crédito. ¿Cómo puede llamarse benéfica, objétase, la institucion en que se obliga al necesitado á desprenderse de su ropa ú otra prenda de su modesto ajuar, para obtener un corto préstamo con que aplacar el hambre de su familia? ¿Cómo se le ha de reconocer el carácter de establecimiento de crédito? Si el rasgo mas esencial del crédito es la facultad de disponer momentáneamente del capital de otro, el organismo de los Montes de Pie-

dad está en desacuerdo con la esencia del crédito, toda vez que empieza por imponernos la detención de vuestro propio capital. Para prestaros con que pagar el alquiler de vuestra casa, os quita el uso de vuestras herramientas, y para pagar á vuestros trabajadores, os obliga á darle en depósito la mercancía que han producido.

Estas objeciones en absoluto no pueden admitirse: en buen hora que hoy que, como dejamos indicado, se han ideado otros medios para facilitar el crédito á las clases necesitadas, se den á las nuevas instituciones una preferencia sobre aquellas, pero no por esto dejarán de tener su importancia relativa, ni de conservarla por mucho tiempo todavía, acaso por siempre, aunque varíen de sus actuales condiciones. ¿No se hace un bien al necesitado en proporcionarle por medio lo que habia de costarle cuatro? ¿En darle seguridades de que la prenda dejada en préstamo no la ha de perder, sino en caso extremo, y que aun dado éste, puede enagenarla con buenas condiciones? ¿Se trata, por ventura, de la limosna? ¿No la rehusa todo el que solicita un préstamo de los Mon-

tes de Piedad? Si, pues, el bien es positivo, y se hace sin que medie idea de lucro, ¿por qué quitarle el carácter de benéfico á estos establecimientos? Y tambien corresponden á la idea del crédito, en cuanto les es posible. Un modesto industrial tiene hecha parte de obra, á la que por diferentes circunstancias no puede dar por el pronto conveniente salida. Ha consumido en ella su pequeño capital, y no tiene crédito para adquirir mas, con que poder seguir trabajando. ¿Deberá malbaratar, tirar su obra? ¿Y qué perjuicios puede ocasionarle llevarla en depósito al Monte de Piedad, y tomar sobre ella á un interés módico, algun dinero con que seguir trabajando, mientras llega la ocasion oportuna de un buen mercado para su mercancía? Esto es innegable. —La cuestion esencial de los Montes de Piedad es facilitar dinero, que no siempre encuentran en otra parte, á las clases necesitadas, y facilitarlo á un interés que no puede venir por su importancia á aumentar el malestar de los que tienen que recurrir al crédito bajo cualquiera forma que sea.

¿Puede hacerse hoy, se hace algo mejor en favor del crédito de las clases trabajadoras? Sí. Tanto mejor, pero no por esto debemos negar los buenos servicios que ha prestado y viene prestando la institucion de los Montes de Piedad.

Respecto á las Cajas de ahorro las objeciones son insignificantes. Produzcan mas ó menos á los imponentes, désele este ó el otro empleo á los fondos, ampliése ó restrínjase el límite de la imposicion, ello es lo cierto que no pueden perder su carácter, y el gran servicio que han prestado, que prestan, que seguirán prestando, fomentando los hábitos de economía, y viniendo en auxilio de las clases trabajadoras, para conservar seguros sus ahorros é irselos aumentando paulatinamente.

V.

En los anteriores capítulos hemos visto como los Montes de Piedad y las Cajas de Ahorro, han venido en ayuda de las clases trabajadoras, proporcionándoles los medios de obtener algun crédito, sin mayores gravámenes, de conservar y acrecer sus pequeñas economías, acostumbrándolas á hacerlas con el aliciente de un interés y con la seguridad de la custodia de sus ahorros, y fomentando, aunque de un modo indirecto, los hábitos de moralidad, de trabajo, de temperancia.

¿Pero qué es esto al lado de las inmensas necesidades que sienten esas clases, de los males que por todas partes las rodean? Un alivio para determinadas circunstancias, pero dependiente todo de la accion individual, sin que la asociacion tuviese parte en ello, sin que mancomunados los esfuerzos de todos vinieran á redundar en beneficio de cada uno. La asociacion, era la que po-

dia poner mayor remedio, y á ella se recurrió con tan laudable objeto.

En buen hora, se dijo que el obrero, que el industrial economice, y tengan donde depositar sus ahorros; pero es menester hacer algo mas: mañana, desgraciadamente para ellos, son acometidos de una larga enfermedad, y si bien podrán ir saliendo con el fruto de sus anteriores economías, ellos es que estas desaparecerán de un todo, si es que bastan para hacer frente al contratiempo; y ¿qué sucederá al infeliz, que no habiendo podido economizar nada, se ve de pronto acometido de un mal? ¿Qué otro recurso le queda que implorar la caridad particular ó la beneficencia pública? ¿No seria posible repartir entre todos estas malas circunstancias, y organizar un socorro mútuo, que haga á toda la asociacion soportar los gastos que se ocasionen por la desgracia que sobrevenga á algunos de sus individuos? La idea no podia ser mas conveniente, y resultado fué la creacion de las *Sociedades de socorros mútuos*.

Las hay de diferentes clases, y para distintos fines: se establece el principio que

los socios paguen pequeñas cuotas mensuales, ó anuales, y sean socorridos en su caso, no á título de limosna, sino en virtud de un derecho. Por este medio el obrero, el trabajador asociado, podrá verse obligado á dividir sus economías, si las puede hacer, entre dos establecimientos, y depositar menos en la caja de ahorro: pero tambien estas economías estarán mejor garantidas contra los riesgos de un contratiempo, de una enfermedad.

Hay sociedades de socorros mútuos que cuando uno de los asociados cae enfermo, le auxilian con asistencia facultativa, con medicinas, y con un diario. Otras van mas allá; y se han formado con el fin de preservar de la humillacion, de la indigencia al hombre que se inutiliza para el trabajo, bien por un accidente desgraciado, bien por los años: estas sociedades satisfacen una pequeña pension con arreglo á las cuotas que han venido satisfaciendo á la sociedad. Se han establecido tambien sociedades de socorros para pensionar á las viudas y huérfanos; y merced á estas múltiples instituciones, el obrero, el industrial que ha sido previsor,

y ha podido aunque á fuerza de trabajos y de penalidades hacer ahorros, ó pagar sus cuotas como socio de alguna sociedad de socorros mútuos, está en disposicion de combatir, mas ó menos, las causas ordinarias de sus apuros.

Como sociedades de socorros mútuos pueden tambien considerarse esas grandes empresas en que los padres inscriben á sus hijos para proporcionarles un capital al cabo de cierto número de años, como tambien para imponer cantidades que ofrezcan grandes utilidades; pero no son estas sociedades á las que nos referimos, ni tampoco las creadas con un objeto civilizador, ó moralizador, pues desgraciadamente hemos visto que no han correspondido todas á su objeto, y mas bien que proporcionar beneficios á los asociados, les han ocasionado perjuicios de consideracion.

Las sociedades de socorros mútuos, establecidas en bien de las clases populares, no han tenido entre nosotros mayor desarrollo que las cajas de ahorro, por ejemplo. La idea de la Asociacion, de la mutualidad, si bien conocida, no ha llegado á

ejercer su dominio entre las clases trabajadoras, debido, sin duda, á las causas que en los anteriores capitales hemos mencionado.

Pero no ha sucedido así en otras naciones. En Francia, hace tres ó cuatro años se contaban mas de cinco mil sociedades de socorros mútuos, con unos setecientos mil asociados, y disponiendo entre todas para cumplir sus diferentes institutos, con mas de 36 millones de francos. Hay que advertir que en estas sociedades de socorros mútuos hay muchos miembros honorarios, es decir socios que por amor á la institucion, y con solo el deseo de contribuir al bien, concurren á las cargas, ó pagan sus cuotas respectivas sin participar de los beneficios. Esta mezcla de socios participantes y socios honorarios, si bien contribuye á que las sociedades correspondan mas cumplidamente á sus atenciones, le quitan hasta cierto punto el carácter de mutualidad, lo que no deja de ser sensible para los que sobre todo se ocupan de la parte moral de estas instituciones.

En Inglaterra las sociedades de socorros

mútuos se han extendido de un modo admirable. Segun una estadística de hace pocos años existian unas treinta y tres mil sociedades, contando mas de tres millones de socios, disponiendo de 125 millones de francos por cuotas anuales y de un capital acumulado de 285 millones. De estas sociedades 14000 estaban registradas y gozaban de las ventajas de la existencia legal: contaban un millon seiscientos mil socios, una entrada anual de 70 millones de francos, y un capital disponible de 160 millones.

No tenemos datos para ocuparnos del estado de estas sociedades en otros países; pero con los expuestos basta á nuestro propósito, que es el de generalizar la idea de los inmensos bienes que á las clases trabajadoras ha venido á proporcionar la Mutualidad, la Asociacion. Ya lo hemos visto: solamente en Francia é Inglaterra se cuentan por centenares de miles los que merced al socorro mútuo están al abrigo de la miseria, cuando se ven postrados en el lecho del dolor, cuando quedan inutilizados por efecto del trabajo, cuando los años, la vejez, los imposibilitan para seguir ganándose

el sustento con el sudor de su frente.

Pero estos beneficios no podian considerarse bastantes: el mejoramiento de las clases trabajadoras continuaba llamando la atencion de todos, y de esta atencion continuada debian surgir nuevas ideas, nuevas combinaciones mas á propósito á proporcionar mayores bienes á las referidas clases. Despues de las sociedades de socorros mútuos han venido las *ciudades obreras*, las *sociedades coöperativas*, y las *sociedades de anticipos*, cuyos prodigiosos resultados exceden á todo cálculo. En sucesivos capítulos, daremos á conocer á nuestros lectores el principio de estas instituciones, y el inmenso bien que están dispensando á las clases populares, allí donde afortunadamente han nacido y se han desarrollado.

VI.

Vamos á ocuparnos de la institucion de las *ciudades obreras*, si no con la extension que deseáramos, con la bastante al menos para dar á conocer toda su importancia, y los inmensos beneficios que está llamada á dispensar á las clases obreras tanto en el orden económico como en el moral y social.

Como verán nuestros lectores no se trata de una idea mas ó menos brillante, de una teoría cuyos resultados no han podido apreciarse; no: la teoría se ha puesto en práctica, la idea se ha convertido en un hecho; y centenares de familias sumidas ayer en la abyeccion y en la miseria, han visto, como por encanto, transformada su condicion moral y económica: los simples obreros se han convertido en propietarios; y esta sola circunstancia ha creado en ellos hábitos de orden, principios de moralidad que desconocian, en cambio de otros funestos que nada hasta entonces habia podido desterrar.

Hay en la vida del obrero, del trabajador, una condicion que contribuye no poco á crear en él malos hábitos. Esta condicion es la manera como tienen que alojarse. Faltos de recursos para vivir en casas aisladas, tienen que tomar habitaciones en casas de vecindad, ó en los llamados entre nosotros corralones. Prescindiendo de lo poco cómodas y sanas que por lo general son estas habitaciones, que ciertamente no se hacen notar por sus condiciones higiénicas, ni menos por su aseo y limpieza, tienen para el individuo y para las familias gravísimos inconvenientes, hijos del modo de ser de las mismas. Contemplad la sociedad que en esas casas se reune: allí todo está confundido, lo bueno y lo malo: al lado de la habitacion del obrero trabajador y morigerado, está la del holgazan y vicioso; junto á la de la madre de familia hacendosa, está la de la mujer descuidada y pervertida; tabique por medio del padre de familia religioso que procura inculcar á sus hijos sanos principios, está el descreido, el indifferente ó el impío, que con su ejemplo perverte á la suya; si hay aquí una jóven hon-

rada y pudorosa, mas allá hay otra desenvuelta que se mofa de la primera, que la escandaliza; y luego el borracho, el vicioso; y siempre la atmósfera de ignorancia, de corrupcion, de maledicencia, de miseria.....

Y aquí una vez mas, se hace notar que no son los buenos ejemplos los que dominan, los que sobresalen, los que dan tono: el hombre soltero encuentra compañeros mas atrevidos y menos laboriosos que lo distraen, que al fin lo arrastran; los casados otros matrimonios que viven, el diablo sabe como, y los niños, en fin, una escuela de perversion. A cada momento tiene lugar una reyerta, una quimera, que insensiblemente toma proporciones, y todos se comprometen en ella; á cada instante suenan las palabras obscenas, las blasfemias, las maldiciones... ¿Y cómo remediarlo, si allí todo es ignorancia, si allí todo es grosero, si allí domina la materia, y la inteligencia yace sumida en la noche del error?

Poco, muy poco se habia fijado la atencion en este estado de cosas, que sin disputa es una de las causales de primer orden

de la triste condicion de las clases trabajadoras. Y en verdad que no parecía fácil el remedio! ¡Sin embargo, cuán sencillo se ha presentado!

Hay en Francia una ciudad que se llama *Mulhouse*. La industria se ha desarrollado en ella en grande escala dirigida por algunas familias protestantes y con obreros católicos. Hace treinta años que los obreros de uno y otro sexo, estaban en Mulhouse en el mismo lamentable estado que en otras ciudades. Los fabricantes habian hecho esfuerzos inauditos á fin de mejorar su condicion, para arrancarlos de los vicios, para atraerlos á otros hábitos y costumbres, para crear en ellos los de orden y economía. Todo era inútil. La caridad ejercida ámpliamente, si venia en socorro de un verdadero necesitado, no hacia mas, por lo general, que fomentar en los pervertidos sus vicios y su holgazanería. Allí, como en todas partes, existía esa lucha sorda entre el obrero y el fabricante, y la cuestion de aumento de jornal venia tambien á complicar aquel mal estado. ¡Cómo si el solo aumento de jornal, dadas las malas circunstancias que

rodean al obrero en todos sentidos, pudiera resolverse en otra cosa que en un medio mas de satisfacer pasiones ruinosas! Justamente en Mulhouse se habia notado que los jefes de construccion, que eran los que ganaban mayor jornal, eran los mas borrachos y viciosos.

«Hace treinta años,—ha dicho á este propósito el conocido escritor Sr. Marquez,—que para aliviar la miseria se contentaban con dar dinero á los desgraciados, es decir, habituarlos á gozar sin fatigas de los frutos del trabajo de otros; y para moralizarlos, con darles consejos que el viento llevaba, desde el instante que no se excitaba en ellos ningun interés por seguirlos. Lo que era necesario hallar era un estímulo moral capaz de triunfar en el alma del trabajador de su desconfianza, de sus preocupaciones y sus vicios, y por consiguiente precaver la miseria suprimiendo sus causas donde realmente existen, y están fuera del alcance del socorro material; en el corazón del hombre. Tal fué el problema que entonces surgió. En la historia de su solucion podemos de un lado contemplar una multitud de desgraciados que no aperciben apenas los esfuerzos que se hacen por su bien hasta el dia en que se toca el punto sensible: y por

otro algunos hombres tan llenos de abnegacion como de inteligencia, tan perseverantes como caritativos, continuando y volviendo á emprender sus experiencias sin desmayar, sin cejar un ápice, con la vista fija sobre esa muchedumbre que se trata de regenerar, obligándola á sustraerse por sí misma á la tiranía de los vicios que la diezman y desmoralizan.»

Tantos esfuerzos y trabajos tantos habian de dar su fruto. Multitud de causas se reunieron para que al fin la atencion de los fabricantes de Mulhouse se fijase en una sola idea; trasformar á los obreros en propietarios. La gloria principal se debe á M. Juan Dollfus, cuyo nombre será siempre considerado como el de uno de los mayores bienhechores de las clases obreras, y citado por todos con respeto.

En breves palabras vamos á resumir los principios que sirvieron de base á la bella institucion de las *sociedades de ciudades obreras*.

Procurar al obrero una habitacion en que el aire y el espacio, y las buenas condiciones higiénicas no le falten.

Proporcionarle la facilidad de hacerse

propietario, á fin de que pueda salir de la condicion de proletario que hace al obrero nómada, indiferente, poco económico é imprevisor.

Adherirlo al suelo en que gana su sustento, y finalmente provocar en él y en su familia el espíritu de orden, de economía y de perseverancia en el trabajo, que realmente es la sola base de todo su bienestar.

Cómo la institucion de las ciudades obreras se formó y se ha desarrollado, y los inmensos beneficios que ha producido á las clases obreras de Mulhouse, nos dará materia para el siguiente capítulo.

VII.

Ya hemos indicado que el iniciador para la realizacion del feliz pensamiento de las ciudades obreras fué Mr. Juan Dolffus. En efecto, este creó en 1853 una asociacion que lleva el nombre de. *sociedad Mulhousiana de las ciudades obreras*, cuyo objeto era construir una ó varias ciudades, y ceder las casas á los obreros, mediante el pago de ellas á plazo. Constituyóse la sociedad con un capital de 300.000 francos, dividido en 600 acciones de á 500 francos, pertenecientes á doce accionistas: Mr. Dolffus tomó 35. Posteriormente se crearon 11 acciones mas, elevándose el número de los accionistas á 19 con un capital de 355.000 francos.

El gobierno francés concedió al principio á la sociedad una subvencion de 150.000 francos que posteriormente elevó á 300.000 al ver los maravillosos resultados que produjo esta asociacion.

Creada la sociedad con un objeto puramente filantrópico, se estableció en sus es-

tatutos que la sociedad se prohibia todo otro beneficio que el interés mínimo de 4 por 100, y el reembolso del capital suscrito. Confióse la administracion á una junta de cuatro accionistas. El objeto de la Sociedad es construir casas á propósito y venderlas á los obreros, á plazos largos, ó por mejor decir á cuenta de arrendamientos, siempre y cuando el comprador entrégue en el acto de tomar posesion, y como á cuenta, 250 á 300 francos. Los contratos de venta estipulan, entre otras condiciones, que el comprador no podrá vender el inmueble ni subarrendarlo sin autorizacion de la sociedad, autorizacion que solo se concede si la venta ó el subarriendo se hace en otro obrero.—El costo del valor de la finca se satisface por cantidades mensuales desde 18 á 25 francos, por un término que puede durar hasta quince años.

El comprador recibe una libreta en la cual se van anotando todas las cantidades que va satisfaciendo, y de todas se le descuenta el interés del 5 por 100 de modo que su deuda va disminuyendo tanto por lo que respecta al principal como á los intereses.

Pudiéramos decir que esta operacion es la de una verdadera caja de ahorro, donde la suma de las imposiciones no está limitada mas que por la liberacion íntegra, es decir por haberse cumplido el objeto para que ha sido instituida. De este modo el obrero comprador puede cuando quiera, consultar su libreta, conocer su situacion con relacion á la sociedad vendedora, y calcular el momento en que ha de verse libre de su compromiso; recibiendo asi tanto él como su familia nuevos estímulos para perseverar en la senda del orden y de la economía.

Tales son las principales bases de la sociedad y las condiciones con que se enagenan las casas á los obreros. Nada puede haberse inventado mas sencillo, ni mas beneficioso para ellos. Si estas casas edificadas al mas bajo precio posible, se hubiesen ofrecido á los obreros, ¿era posible que la adquiriesen? De ningun modo: ¿dónde tenían diez ó doce mil reales al efecto? Posible es que los hubiese tomado á plazo, ahorrando cada año 500 ó 600 reales; ¿pero no se correria en la mayor parte de los casos el ries-

go de que el presunto comprador malgastase ó distrajesse por cualquiera circunstancia su ahorro, al considerar el largo plazo en que habia de entrar en posesion de la propiedad? ¿Las contingencias de la vida del obrero le permiten tampoco tener esa confianza? Habia otro medio mas fácil, mas practicable: que el obrero entrase como arrendatario de la casa que habia de adquirir, y el valor de ella con los intereses correspondientes lo fuese satisfaciendo como pudiera hacerlo por el inquilinato, pero sin entrar en posesion hasta satisfecho todo el valor de la finca. Era esto muy aceptable, muy conveniente; pero la sociedad fué mas allá; no quiso que el obrero dudase ni un momento que fuese una verdad para él la idea de llegar á ser propietario; duda que podia asaltarle mas de una vez si por largos años solo se reputaba como arrendatario, y con el temor consiguiente de que llegase un dia en que se le desalojase antes de que hubiese pagado en totalidad la suma. La sociedad, pues, para alcanzar en todas sus proporciones el bien material que queria dispensar á las clases obreras, como

tambien el gran resultado moral que se proponía pensó en las condiciones indicadas. Todo obrero que haya economizado ó llegue á economizar 1000 ó 1200 reales, y los entregue á cuenta de la casa que va á adquirir, entra desde luego en propiedad de ella, y las cantidades que va dando mensualmente, y que son las que habia de pagar por alquiler, son para ir aminorando su débito. Se dirá, ¿pero es tan fácil que un obrero, que un trabajador economice esa cantidad primera? A esto solo se debe contestar lo que puede el aliciente de llegar á verse propietario de una casa con solo hacer aquel primer sacrificio, y con lo que la experiencia ha demostrado ya. Claro es que la finca así enagenada debe quedar afectada al compromiso que contrae el comprador; y aquí podia presentarse al obrero otra dificultad; ¿si por cualquiera evento mañana no estoy en disposicion de poder cumplir mis compromisos; si por falta de trabajo tengo que dejar la poblacion; si la muerte me arrebatara; voy á perder, van á perder mis hijos el fruto de mis economias? No ciertamente; todo esto se ha previsto y to-

do se ha resuelto en favor siempre de los obreros.

Cuando por cualquiera circunstancia de esas ó de igual naturaleza, el obrero se ve en la triste necesidad de rescindir su contrato, la operacion se arregla del mejor modo para los compradores. En primer lugar se le devuelven íntegros, y con mas los intereses correspondientes, los primeros 1000 ó 1200 rs. que entregó como primera partida á cuenta. Despues si calculado el alquiler de la casa en 18 francos al mes, ha entregado el comprador 25 mensuales, se le devuelve tambien la diferencia, salvo la parte que haya que descontar por los desperfectos que haya podido tener la finca. De modo que en el caso mas triste para el obrero comprador, resulta que solo tiene que pagar el alquiler, por el tiempo que ha ocupado la casa, y recibe en cambio la diferencia, como si hubiese ido depositando cantidades en una caja de ahorro.

No extrañamos, pues, los prodigiosos resultados que ha obtenido *la sociedad de las ciudades obreras*.

Veamos cuales han sido estos:

Desde 1853 á 1857 la sociedad hizo construir 304 casas. A mediados de 1861 poseia ya 560, con mas un edificio con 17 habitaciones para celibatarios. De estas casas habian vendido á los obreros 452 al precio de 3000 ó 3300 francos las de dos pisos, y 2650 francos las de un piso. A fines de 1862 se habian construido 618 casas, de las que se habian vendido 538, habiendo satisfecho ya los compradores por valor de mas de 650.000 francos, y de ellos unos cincuenta el total de las suyas. Finalmente á principios de este año subian las edificaciones al número de 800, habiéndose vendido 700. Setecientos obreros eran ya propietarios en Mulhouse! Los pagos se hacen con la mayor exactitud, y los que pocos años antes apenas tenian con que atender á sus perentorias necesidades, llevaban su espíritu de economia hasta el punto de poder anticipar cantidades sobre los plazos que los reglamentos les conceden. He aquí lo que puede el amor á la propiedad!

En 30 de Junio de 1866 la sociedad habia recaudado por cuenta de las casas vendidas la suma de 1.223.876 francos. Hasta

la misma fecha, de 645 casas vendidas 200 habian sido pagadas de un todo, ¡Qué pensamiento mas feliz podia haberse tenido, ni haberse desarrollado mas ventajosamente á favor de las clases obreras, que el de la *sociedad Mulhousiana*! ¡Qué otro mas digno de todo encomio y de la gratitud general!

Sin perjuicio de ocuparnos todavia mas de este particular tan interesante, terminaremos este capítulo con las siguientes consideraciones que hace el Sr. Marquez, al que aludimos ya en el anterior:

«...Todos los obreros de Mulhouse quieren hoy ser propietarios, viendo las ventajas que para ellos resultan de poseer una bonita casa, perfectamente llena de comodidades, con magníficas condiciones higiénicas y un lindo jardin donde puedan cultivarse las legumbres necesarias á las familias, árboles frutales y flores. Este deseo ha llegado hasta el punto de que cada año se alisten en el ejército un cierto número de jóvenes que destinan el precio de su enganche para comprar las casas á sus familias.

«Estos mismos hombres á quienes todas las exhortaciones, las excitaciones de todo

género, los donativos y recompensas habian sido infructuosos para sacar de la apatía y arrancar á su imprevision, que á todos los cargos que se les hacian, contestaban que sus salarios apenas bastaban á cubrir sus necesidades, han llegado á economizar en algunos años diez veces mas de lo que se les exigia; y ni aun han querido aceptar los plazos concedidos. Puede de aquí colegirse cuánto es el poder del sentimiento, del instinto á que han apelado los fundadores de las ciudades obreras, y lo que puede hacerse con semejante resorte cuando se le sabe poner en movimiento.»

VIII. .

A los datos que hemos dado sobre la institucion de las *ciudades obreras*, vamos á agregar otros para completo conocimiento de nuestros lectores.

Nada puede darse mas risueño y alegre que el aspecto que presentan estas construcciones que forman una verdadera poblacion. Las casas están por grupos de cuatro, habiéndolos tambien de dos: todas tienen su jardin, cercado por una sencilla verja que sigue la línea de la calle. El aire, pues, circula libremente, y en la primavera y verano no se ve por todas partes mas que verdura y flores, aspirándose un ambiente embalsamado. El terreno que ocupa cada casa es de unos 40 metros cuadrados y de unos 140 el de los jardines, que no solo sirven de adorno sino tambien son de utilidad, proporcionando ocupacion agradable á las familias, y obteniendo de ellos algun rendimiento. Las calles de estas barriadas son todas anchas y cómodas: las principa-

les tienen 8 metros de acera á acera, de las que cada una tiene metro y medio: las secundarias ó de travesía tienen cinco metros de vía interior, con aceras también de metro y medio: hay en ellas fuentes y cunetas adoquinadas para el desagüe. El pavimento de las calles y aceras es del sistema Mac-Adam: están hermo­seadas por tilos, y alumbradas con gas, habiendo también en todas ellas alcantarillas.

La población de esta ciudad obrera, ó mejor dicho, de esta barriada de Mulhouse, excede ya de 6000 almas, que gozan de un número de ventajas que desgraciadamente desconocen las clases obreras de otras ciudades. La *Sociedad Mulhousiana* nada ha descuidado en la consecución del grande objeto que se propusiera, y á este fin ha creado también otra porción de establecimientos á cual mas beneficiosos para las clases obreras.

Una gran panadería y un *restaurant*, venden los alimentos casi sin utilidad alguna. Por 35 céntimos de franco se puede tener una comida compuesta de un potage, legumbres y carne. Hay también tiendas

de ropa hecha, de calzado y de otros artículos de uso mas comun entre las clases obreras, que pueden adquirir á precios estremadamente módicos.

Se han establecido lavaderos públicos, en los que por 5 céntimos de franco se puede lavar durante dos horas y secar la ropa en secadores de aire caliente; y un gran establecimiento de baños, con todo el servicio correspondiente y mas esmerado: un baño con ropa cuesta solo 15 céntimos de franco.

A este propósito no podemos resistir á la tentacion de publicar lo que en apoyo de estos establecimientos dice M. Penat, relator de la sociedad:

«La limpieza del cuerpo y de la ropa es un medio higiénico, poderoso que no puede el hombre descuidar sin comprometer su salud y algunas veces su vida. Los obreros que trabajan en una atmósfera impregnada de emanaciones olorosas y de polvo de diversas sustancias, tienen necesidad de baños frecuentes y de abluciones reiteradas. La permanencia demasiado prolongada de algunas sustancias sobre la piel perjudica á las funciones de este órgano, á la regu-

laridad de la transpiracion, y aun llega á ser peligrosa, porque se verifica la absorcion de algunas de ellas. Asi es que se atribuye al esmero en el aseo, generalizado mas cada dia, una disminucion notable en el número de ciertas enfermedades cutáneas, y se le considera como una de las causas mas eficaces del alargamiento de la vida media.»

Considerado bajo el punto de vista moral, M. Penat halla en el aseo el reflejo fiel de los hábitos contraídos por el individuo, y cree que rara vez se engañaria uno juzgando la conducta de un obrero por el estado ordinario de sus vestidos y por los cuidados que pone en su persona. Es pues, trabajar en el perfeccionamiento físico y moral de la poblacion obrera, poner constantemente á su alcance medios fáciles y poco costosos de mantener su persona en un estado conveniente de limpieza.

Una sociedad como la *Mulhousiana*, que tanto ha hecho para variar la condicion material y moral de los obreros, no podia olvidar uno de los medios mas poderosos para conseguirlo, cual es la educacion. Al efecto ha establecido una gran sala de asi-

lo capaz de contener 300 niños, recibíendolos de la edad de 3 á 5 años. También ha establecido dos magníficas escuelas de primera enseñanza.

La sociedad no vende ni arrienda sus casas, sino á los obreros, que se comprometen á enviar sus hijos á la escuela. Es mas, á los niños que están en estado de trabajar, se les cuenta como trabajo efectivo el tiempo que pasan en la escuela. Con todos estos elementos ¿quién puede dudar del estado de prosperidad y moralidad á que han llegado los obreros de Mulhouse?

Completan ese brillante cuadro, multitud de consultas médicas gratuitas que se dan á la semana, y el servicio que prestan á los enfermos á domicilio las hermanas de la caridad.

Esta sociedad, dice M. Batbie, es una feliz combinacion de la vida individual y libre, con las ventajas del consumo en comun: ha tomado á los elementos de nuestra naturaleza lo que cada uno podia tener de fecundo: al individualismo, el estimulante del interes personal; á la sociabilidad, la economía de los gastos generales que son

muy considerables en la vida de aislamiento.

Debemos proclamarlo muy alto, añade este economista: esa fundacion, cuya iniciativa pertenece á M. Juan Dollfus, es una de las mas laudables que haya producido la ilustrada benevolencia de las clases altas en favor de las clases laboriosas. Si la industria en grande encuentra en esa creacion el medio de tener una poblacion obrera mejor, será una justa recompensa de su inteligente y humanitario patrocinio.

Al empezar este estudio, dejamos indicado la necesidad que tanto el obrero como el pequeño industrial tienen del crédito, y lo difícil que les es proporcionárselo. Hemos visto tambien que para aminorar esa necesidad de recurrir al crédito y para proporcionárselo con el menor gravámen posible se idearon las Cajas de Ahorro y los Montes de Piedad. Como seguramente, esa gran cuestion del crédito es la que mas preocupa á todos, pues de su mas favorable solucion depende en el porvenir el mejoramiento de la situacion de las clases traba-

jadoras, veamos qué servicios ha venido á prestar al crédito popular la sociedad de Mulhouse.

Oigamos sobre este interesante punto la opinion del ya citado M. Bathie:

«La sociedad—dice—estimula al obrero á hacerse capitalista, y le facilita los medios: esto es ya algo; mejor dicho, es mucho. En el estado actual de las cosas, el dinero busca el dinero, y solo se acostumbra á prestar á los que tienen: poseer un capital propio es ya un excelente medio de poder obtener, por tiempo limitado, el capital de otro, ó lo que es lo mismo de tener crédito. Bajo este punto de vista de dar crédito al obrero, la sociedad Mulhousiana obra cuando menos con la misma eficacia que la caja de ahorro, pero alcanza el objeto de un modo mas seguro y mas ámplio, porque hace del obrero económico no solamente un capitalista, sino un propietario, es decir, un poseedor de bienes raices. La diferencia es importante. El obrero que tiene sus economías en la caja de ahorro, dispone de menos crédito que el propietario de una casa. Sábese que el primero no tiene mas que pedir la devolucion de sus imposiciones, para que en quince dias desaparezca la garantía que podia ofrecer. El obrero propietario,

tiene al contrario, empeño en conservar su casa; y si pide prestado, con tal garantía, no querrá que el acreedor se apodere del hogar de su familia: el mismo espíritu de orden que le ha permitido ser propietario le estimulará á conservar lo que ha adquirido. Esta opinion, estendida en el público, aumentará su crédito personal, y se le prestará dentro de ciertos límites, hasta sin que preste hipoteca. De este modo, si la sociedad de Mulhouse no se ocupa en prestar directamente dinero á su cliente, le pone en estado de poder acudir con éxito á los capitales merced al crédito de que dispone. Para el número de obreros, naturalmente limitado, sobre el cual se estiende la accion de esta sociedad, tiene, pues, un doble y feliz efecto: les ayuda á crearse un capital propio, y los pone en estado de disponer de los capitales de otros.»

Comprendemos muy bien los obstáculos de todo género que hoy por hoy pueden presentarse entre nosotros para que desarrollado el espíritu de asociacion hasta el punto que lo está en otros paises, pudiera dar en el nuestro los mismos excelentes resultados. El atraso en que se hallan nuestras clases trabajadoras, su falta de instruccion

que contribuye á hacerlas suspicaces y desconfiadas, y otras muchas causas de un órden distinto, que solo los altos poderes del estado podrian modificar en un sentido favorable, impiden ciertamente que el espíritu de asociacion tome expansion y vuelo. Pero no vemos nada que se oponga á instituciones como la de la sociedad de las ciudades obreras. Todo se reduce á un empleo de capitales con un objeto altamente humanitario y moralizador, sin pérdida de los mismos, y antes al contrario con algun beneficio. Que se fijen en ello las personas ilustradas y pudientes, y procuren imitar el grande ejemplo que ofrece la *Sociedad Mulhousiana de las ciudades obreras*.

IX.

Vamos á dar á conocer á nuestros lectores la notable institucion de las *sociedades cooperativas*, tan desarrolladas ya en Inglaterra y en Alemania, y que tan prodigiosos resultados han dado en favor de los asociados. Esta institucion ha sido y continúa siendo todavia objeto de los encomios de los unos, de los ataques de los otros. Un espíritu de desconfianza injustificada, el temor infundado tambien de que estas asociaciones lleguen á ser perjudiciales, por los funestos resultados que produjeran otras de obreros, y mas que todo, acaso, la falta de conocimiento del verdadero fundamento de las *sociedades cooperativas*; han sido los móviles de los ataques que se les han dirigido. Sin embargo, la luz disipa las tinieblas, la verdad ahuyenta el error, y ante los hechos cuanto en contrario se diga no puede producir efecto.

Las *sociedades cooperativas* están llamadas á dispensar inmensos bienes á las

clases trabajadoras, creando, fomentando mas en ellas los hábitos del trabajo, de la economia, de la honradez y de la moralidad. No son las tumultuosas asociaciones de los obreros contra los maestros y fabricantes para imponerse á ellos, para solicitar aumento de jornales, para producir una perturbacion económica y social; no son esas asociaciones contra la libertad del trabajo, sostenidas, Dios sabe cómo; no son las *huelgas*; son simplemente asociaciones de honrados y laboriosos trabajadores que respetando las leyes y el derecho de todos, se reunen, y á fuerza de economías, y de la mancomunidad de sus esfuerzos, procuran y logran mejorar su situacion, haciéndose de algun capital, de algun crédito.

La asociacion cooperativa abraza diferentes objetos: el aprovisionamiento en comun de artículos de consumo para las necesidades ordinarias de la vida, la adquisicion de primeras materias y de útiles é instrumentos para el trabajo, y la negociacion en comun de los productos industriales de los asociados. ¿Qué otra cosa que la asociacion cooperativa es tambien el establecimiento

de las sociedades de anticipos de Alemania?

Antes de entrar en pormenores sobre el mecanismo de las *sociedades cooperativas* cumple á nuestro propósito dar á conocer las brillantes idea y sólidos argumentos, con que un escritor francés M. E. Horn, se ha hecho cargo para destruirlas, de las objeciones presentadas contra esas asociaciones:

«La asociacion cooperativa—dice—tal como hace doce años se aplica en Inglaterra y en Alemania, y tal como comienza á practicarse en Francia, nada tiene de quimérica; ella no contraría en lo mas mínimo las eternas leyes de la moral y de la justicia; no se opone á las leyes económicas que rigen la sociedad moderna. La asociacion obrera no parte de un antagonismo fatal entre el capital y el trabajo; reconoce cuán indispensable es la cooperacion del capital en toda obra de reproduccion y cuán legítima su participacion en los beneficios; está tambien tan penetrada de la suprema necesidad de su concurso, que tiende á proveer de capital al trabajador. No articula en favor de este último ningun derecho particular; deja á un lado «el derecho del trabajo» y el «derecho al trabajo,» y se ocupa sobre

todo del deber que tiene el obrero á pedir á sus propios esfuerzos la mejora gradual de su suerte. Queda con esto entendido que no reclama al Estado, ni á la sociedad, ni subvencion, ni proteccion especial, ni favores excepcionales; no quiere para sus miembros mas que la libertad de usar de un derecho comun. La asociacion cooperativa no pretende anular al individuo, absorbiéndolo en una comunidad fantástica y mas ó menos despótica; no pide al asociado mas que su concurso determinado para un objeto bien limitado, y le deja enteramente libre para todas las otras manifestaciones de la vida, para el empleo de sus facultades y de sus medios. Finalmente, la asociacion cooperativa, sanamente comprendida, no ataca la libertad industrial, ni la concurrencia: al contrario, tiende y lo logra en parte, á hacerlas mas efectivas.

Detengámonos en este último punto, pues es importante. Por él nos parece la asociacion cooperativa llamada á ejercer una saludable influencia en la marcha general de la industria contemporánea. Ya hemos señalado la fuerte pendiente de esta última á la centralizacion, resultado forzado de sus instrumentos y modos de produccion; tambien hemos señalado las incontestables ventajas que ofrece esta concentracion de

los elementos del trabajo: brazos, máquinas, capitales. Pero los inconvenientes son tambien numerosos y visibles, y deben aumentarse al empuje de esa corriente centralizadora. Hoy mismo ya, podria citarse tal industria—los vapores de transporte, las minas de carbon, las grandes fábricas de fundicion—en la que, á efecto de la concentracion de la produccion en las manos de algunas individualidades ó compañías poderosas, los resultados que el consumidor espera de la libertad industrial, pueden ser nulos, y á veces lo son: el acuerdo fácil de establecer entre un pequeño número de interesados, puede paralizar los efectos que la concurrencia debia producir. Seria sensible ver estenderse este régimen: el consumo sufriria primero, y despues la misma produccion se resentiria sériamente de la falta de una concurrencia amplia, formál activa: la produccion perderia su principal estímulo al progreso continuado. No hacemos mas que señalar el peligro que bajo el punto de vista político y social, puede presentar el excesivo desarrollo de un feudalismo industrial, el creciente poderío de los grandes fabricantes. La asociacion obrera tiende á enderezar el arco demasiado doblado de un lado: no quiere descentralizar el trabajo; pero impide la centralizacion ex-

cesiva: segun las circunstancias, ella reconstituirá la pequeña industria, ó creará la industria media al lado de la grande industria. La libertad es la base de estas reconstituciones y creaciones; la concurrencia mas efectiva será el resultado inevitable. Que los quinientos obreros de bisuteria, que los dos mil obreros carpinteros que ocupan tal ó cual ciudad industrial, se agrupen mañana en veinte sociedades cooperativas, ¿no ofrecerán una concurrencia mas real, que estando concentrados como trabajadores á jornal en cuatro ó cinco grandes establecimientos? No serán solo los obreros los que ganen en el cambio: el consumo y la produccion experimentarán en breve los buenos efectos: el uno será mejor servido; la otra mas vivamente estimulada.

¿Cómo abrigar desde luego el temor (sin embargo el temor se ha anunciado) que la asociacion cooperativa, al descentralizar el trabajo no contraría la tendencia de la industria moderna á producir barato? Es cierto: obrero y maestro, asalariado y beneficiado se confunden en la misma persona: la asociacion cooperativa no sabria pues, pensar en obtener la baratura de los productos á espensas del obrero, reduciendo á lo mas estrictamente necesario la remuneracion del trabajo ó prolongando excesiva-

mente el trabajo del día. Pero aun suponiéndolo así, ¿quién dirá que eso sería un mal? ¿Quien no celebraría semejante reforma, aunque el mundo consumidor tuviese que pagarla con algun aumento de los precios? Nada, sin embargo, mas forzado que esta consecuencia presunta de la asociacion. Es olvidar que el obrero directamente interesado, y trabajando por su propia cuenta, está mejor dispuesto y tiene otro estímulo que el que está á jornal en una fábrica: producirá mejor y mas con menos empleo de tiempo y de esfuerzos materiales. Por su parte, quédale á la antigua fábrica la ventaja de la acumulacion mas fuerte de capital y de trabajo, quédale tambien el recurso, que muchos inteligentes manufactureros han empezado á emplear, de hacer obrar el mismo estimulante, aunque mas restringido, en sus obreros á jornal, dándoles una cierta parte, aunque ínfima, en los beneficios netos de la empresa.—La asociacion obrera—y asunto es que merece seguramente toda consideracion—moralizará, humanizará el trabajo en general; y así podrá obrar favorablemente sobre la situacion de los mismos obreros que continuarán trabajando bajo el régimen del jornal, que será la grande mayoría, no solo durante largo tiempo, sino, quizá, siempre...»

X.

Continuando M. Horn en el exámen de las ventajas é inconvenientes de las *sociedades cooperativas*, despues de dejar consignado, como verian nuestros lectores en el capítulo anterior, que la grande mayoria de los obreros por largo tiempo, quizá por siempre, continuarán trabajando á jornal, dice:

«Creer lo contrario fué uno de los mas lamentables errores entre los muchos que en 1848 hicieron abortar entre nosotros el movimiento cooperativo: se queria hacer de la asociacion «la organizacion» universal, única é impuesta. Ningun partidario sensato de la asociacion cooperativa, participa hoy de esta pretension inadmisibile. Hay un gran número de empresas á las que parece de todo punto inesplicable el régimen de la asociacion cooperativa. La explotacion de tal mina de carbon, necesita un gasto prévio de algunos centenares de miles de francos; sus rendimientos han de hacerse esperar meses y años; ¿cómo, pues, los obreros mineros que con trabajo aguar-

dan el pago de la quincena, habian de imaginar siquiera poder hacer la explotacion por su cuenta? Una fábrica de hilados ó de tegidos, antes de poder vender un hilo ó una pieza de tela, exige un gasto de 500000 francos para la construccion, instalacion de las máquinas, y compra de primeras materias. ¿Podrian pensar los obreros tejedores en crear y llevar la gerencia de tal establecimiento como empresarios ó dueños? Pues bien, en estas, como en otras muchas industrias, aun las que no escluyen una explotacion restringida, solo la produccion en grande puede hacer esos experimentos, realizar esas mejoras y dar al consumo ese fuerte impulso que aseguran el desarrollo continuo del trabajo; ella solo puede proyectar y realizar para el aprovisionamiento y el gasto, esas vastas é ingeniosas combinaciones, anudar y entretener esas relaciones estensas y complicadas á las cuales debe la industria moderna su esplendor y su prosperidad. Y no es solamente el grande capital que reclaman las empresas de esa naturaleza lo que las hace poco á propósito á ser realizadas por la asociacion cooperativa, hay otra dificultad no menos seria en el gran número de brazos y de inteligencias que exigen. Una empresa por trabajadores socios, no excluye ciertamente de

un modo absoluto el empleo de auxiliares con sueldo, que no tienen con la asociacion empresaria otras relaciones que las que podian tener con el dueño de una fábrica, y sin embargo á no falsear el principio de la asociacion, el asalariado no debe figurar sino en minoria insignificante, como recurso excepcional, precario. ¿Pudiera, pues, satisfacerse á esta condicion en una fábrica que ocupase 500 trabajadores, y cuya direccion, administracion y vigilancia exigiese 50 empleados? Si hay 50 socios y 500 asalariados, obreros y empleados, la asociacion «cooperativa» no existe mas que de nombre, y por otra parte, admitir 500 cooperadores beneficiados es una combinacion casi irrealizable, aunque no fuese mas que porque la asociacion obrera exige individuos escogidos por su aptitud, carácter y costumbres, lo que no es fácil encontrar por centenares, en ninguna clase de corporacion.

Y sin embargo de ser difícil la aplicacion del régimen cooperativo á la grande industria, no es imposible: testigo, entre otras, la asociacion cooperativa de los perseverantes y pobres operarios de Rochdale, en Inglaterra.»

Aquí M. Horn da una ligera idea del

asombroso éxito de esta asociacion, que omitimos, pues mas adelante nos ocuparemos de ella. Despues de probar el citado escritor, que aun lo que se llama la grande industria ó sea la produccion manufacturera no escluye la coexistencia de explotaciones mas modestas; que solo dicha industria es la importante y la que ocupa un gran número de brazos, y que en el movimiento económico ocupa todavía un estenso lugar la pequeña industria, la en que predomina el trabajo del hombre, añade:

No faltan pues á la asociacion cooperativa, el lugar y la ocasion de producirse, sin necesidad de hacer la guerra á nadie ni á nada. La arena tan vasta de la industria moderna admite muchas combinaciones, y entre ellas es una de las mas legítimas la asociacion cooperativa dentro de los modestos límites y con las tendencias racionales que acabamos de bosquejar. Ella promete ser fecunda: sanamente inspirada y hábilmente dirigida, no puede menos de tener buenos resultados para las clases trabajadoras y para la comunidad económica. ¿Por qué negar al grupo de obreros asociados su plaza al sol al lado de la aglomeracion de obreros asalariados? ¿Por qué la

asociacion de las aptitudes obreras no ha de poder constituirse tambien como la asociacion de los capitales? ¿Por qué cuando por todas partes y bajo todas las formas la asociacion florece y progresa, ha de estar condenada á un fatal éxito la asociacion obrera?

Sobre este último punto los hechos han respondido ya, rechazando de un modo perentorio á los excépticos: conócense en Inglaterra mas de 300 asociaciones cooperativas y otras tantas en Alemania; y casi todas prosperan. Las asociaciones para la produccion en comun dan á esas cifras un grande contingente. A propósito, pues, ños hemos detenido mas especialmente en esta categoria de la asociacion obrera, que es á la que mas se niega la posibilidad en la práctica. Hemos procurado, pues, demostrar la falta de fundamento de las objeciones que se le hacen: hemos intentado probar que la asociacion para la produccion no ataca ninguna ley moral ó económica, no hiere un interés legítimo, no encuentra ninguna dificultad insuperable; y que por otra parte ofrece ventajas apreciables de diferente naturaleza...

No creemos necesario esforzar mas las razones que militan en favor de la asocia-

cion cooperativa. Si á las que dejamos consignadas se agrega el irrefutable testimonio de los hechos, preciso es convenir que la causa de la asociacion está ganada, que ya no necesita defensores. Y en efecto, la manifestacion del movimiento cooperativo que mas podia prestarse á las objeciones y á las dudas es la de la produccion en comun. Ya hemos visto como M. Horn las rebate y las desvanece: es mas, hay hechos prácticos. Pues ¿qué diremos de las asociaciones cooperativas de otro género? Contra ellas nada se puede oponer desde el momento que se cuentan por centenares y que viven y progresan. Estas otras sociedades son las que tienen por objeto procurar á los asociados las cosas indispensables á las necesidades de la vida, con mejores condiciones por la calidad y precio que las pudieran obtener aisladamente adquiriéndolas al por menor y de los tenderos; y las que adquieren las primeras materias, y útiles y herramientas de trabajo y los suministran á los asociados obreros ó industriales, que por este medio ganan lo que habian de pagar á los intermediarios del comercio.

Las asociaciones cooperativas datan en Inglaterra desde 1844. Veinte años despues se contaban mas de 800, con 200.000 asociados y un capital de mas de cien millones de rs. En Alemania empezaron á aparecer en 1850, y excede de mil el número de las que hoy existen. Su movimiento alcanza á centenares de millones, reportando grandes beneficios.

Las asociaciones cooperativas de consumo admiten en su seno á toda clase de obreros é industriales, con las condiciones que establecen sus reglamentos. Las que tienen por objeto la produccion en comun de determinadas industrias, ó bien suministrar á los asociados las primeras materias ó útiles de trabajo, se componen por lo general de socios de una misma profesion, de una misma industria: hay, pues, sociedades cooperativas de tejedores, cerrajeros, tapiceros, carpinteros, zapateros y otros diferentes oficios.

XI.

Al pretender dar á conocer á nuestros lectores con alguna estension el origen y los progresos de las sociedades cooperativas, hemos tenido que recurrir á diferentes obras y escritos que han tratado de este importante asunto. Entre otros nos ha llamado especialmente la atencion el trabajo hecho en 1866 por M. Julio Simon, sobre *Las Sociedades cooperativas en Francia y en Inglaterra*. Vamos, pues, á permitirnos reproducir de tan reputado economista lo que cumple á nuestro propósito, para que se comprenda bien el mecanismo de las sociedades cooperativas de consumo, con mas las notables observaciones y reflexiones que en apoyo de las mismas hace M. Simon. Estamos seguros que agradarán á nuestros lectores, por mas que este trabajo ocupe algunos capítulos.

Dice asi:

«La teoria cooperativa, aplicada á la organizacion de la economia, en los gastos y

del ahorro por medio de esta economia, no es otra cosa que la eliminacion de todo intermediario entre el productor y el consumidor. Hace algunos años que diferentes sectas pedian la eliminacion radical y absoluta del mercader: hoy la cuestion es otra: trátase simplemente de pasarse sin intermediarios en ciertos casos particulares en que esta modificacion pueda ser posible y útil á la vez. Conócese á primera vista la profunda diferencia entre estas dos conclusiones: sin embargo descansan sobre las mismas premisas, pero mal aplicadas por los enemigos del comercio y bien comprendidas al contrario, por los amigos de la cooperacion.

Hace treinta, y aun cuarenta años se decia que los mercaderes eran unos intermediarios inútiles entre el productor y el consumidor. Estos rara vez se encuentran en relaciones directas, no porque les sea difícil entenderse, sino porque el mercader se interpone á fin de ocultarlos, por decirlo así, uno del otro. El productor vende su producto al mercader, y es á la casa de este donde tiene que buscarlo el consumidor. Este intermediario que por sí mismo nada produce, vive sin embargo de su profesion, consistiendo sus beneficios en la diferencia entre el precio de compra y el de venta.

Claro es, que si el productor vendiese al consumidor en lugar de vender al mercader, venderia algo mas caro, y si el consumidor comprase al productor en vez de comprar al mercader adquiriria mas barato. Dedúcese, pues, que el mercader vive á espensas del productor y del consumidor, y que suprimiéndolo, habria una economia por una y otra parte.

Ademas, obligado el Estado á buscar pretextos de fiscalizacion, encuentra uno muy cómodo en la existencia de aquel intermediario. Despues de haber gravado al producto con un impuesto, grava al mercader, ya con el de puestas y aduanas, ya con el de patente, de tal suerte, que cuando el objeto pasa al consumo saliendo de los almacenes del mercader, soporta además de la ganacia de este la carga de un doble ó triple impuesto.

En fin, el mercader puede ser engañado por el productor; puede ver perecer entre sus manos el género ó el producto manufacturado, puede verse obligado á guardarlo por largo tiempo, perdiendo así el interés del precio de la mercancia, el de la patente, de sus almacenes, y de todos sus gastos de personal, manutencion, alumbrado y publicidad. Puede equivocarse en sus previsiones de salida, verse contraria-

do por una concurrencia, mal pagado por los compradores, arruinado por una quiebra. Y todas estas probabilidades contrarias se aprecian, se calculan, se reparten sobre el contenido del almacén, y en definitiva, deben ser soportadas por el comprador, obligado á sostener al comerciante y á indemnizarle de sus necesidades ó malos cálculos.

Concluíase de todo esto, hace veinte años, que se debía suprimir al mercader,—conclusion fácil, ó por mejor decir inocente,—como si el mercader no fuese á la vez un banquero, una mensagería, una reserva y un agente de producción: un banquero para el productor, que tiene necesidad de dar salida á sus productos al por mayor; una mensagería encargada de trasportar la mercancía del lugar de producción al de salida; una reserva, donde el consumidor tiene la seguridad de encontrar lo que necesite en un momento dado sin sufrir pérdidas, sin verse obligado á pagar demasiado pronto, y á guardar por largo tiempo, un agente de producción, en fin, si el mercader despliega la habilidad especial del comercio que consiste en adivinar las necesidades, hacerlas á veces nacer, é imaginar productos especiales para satisfacerlas. No, no es posible, ni debé desearse la supresión de

tal intermediario; pero hay una grande diferencia entre soñar esa supresion, como lo hacian varias escuelas socialistas, ó reemplazar en efecto por ciertas personas colocadas en condiciones particulares, y especialmente por los obreros que habiten un mismo barrio, que tengan los mismos hábitos y las mismas necesidades, un intermediario que les hace pocos servicios y grava con un tanto todo lo que consumen.

Debe hacerse notar que ordinariamente los obreros están en relaciones con tenderos ó mercaderes de poca importancia; y que estos mismos se hallan en una posicion análoga á la de su clientela: no pueden comprar á tiempo ni en grandes cantidades, ni saldar inmediatamente sus compras, ni aminorar los gastos generales, dividiéndolos sobre numerosas operaciones; su crédito tampoco es estenso. Por todos estos motivos las mercancías les cuestan mas, y se ven obligados á venderlas á mas elevado precio; de modo que el comprador pobre sufre por su pobreza y por la pobreza relativa de sus abastecedores. ¿Cómo esos tenderos de escaso crédito y de corta clientela pueden sostenerse frente al acaparamiento del comercio por los grandes capitales? ¿Y cómo los obreros, en lo general, van á abastecerse á esas tiendas, donde tienen menos

en que escojer y á precios menos favorables? Esto se esplica por la rutina, por cierta familiaridad que se establece entre personas de una misma clase merced á la comunidad de ideas y de intereses, y sobre todo por la grande é incomparable razon de la venta muy al por menor y al flado. Esto último es no menos triste para el vendedor que para el comprador, para este, sobre todo, que al comprar pequeñas cantidades paga por sus consumos una mayor ganancia, y que al obtener un crédito, que tambien tiene que pagar, porque todo se paga, abdica su libertad y hasta cierto punto la direccion de su propio gasto. Es evidente que una asociacion de consumo, dado que sea posible, proporciona al obrero una disminucion en sus gastos, ó lo que viene á ser lo mismo, un aumento notable de riqueza.

En efecto, la asociacion es un gran mercader, aunque venda al pormenor, y un gran capitalista, aunque esté formada de proletarios. Hace sus compras en grande, y las paga al contado, doble razon para que adquiera mas barato. Está libre de todos los gastos de lujo, pues es mucho que se conceda lo comfortable; todos desde el director, hasta el encargado del despacho, viven como obreros, visten su trage y tienen las costumbres de tales. No necesita de

anuncios ni de reclamos en los periódicos; y finalmente está libre de la mayor parte de las exigencias fiscales. Conociendo á fondo las necesidades de su clientela, cuyo número es sobre poco más ó menos invariable, hace sus compras á conciencia, y no está espuesta á los errores de mala venta ni á largos almacenages. Bien puede, pues, con todas estas ventajas, vender sus mercancías mas baratas. Obligándose estrictamente á no vender mas que al contado, suprime una de las mayores probabilidades de pérdidas, y hace contraer á sus compradores un hábito igualmente precioso, bajo el doble punto de vista de la economía y de la moral. No son, pues dudosos los servicios que puede prestar una asociacion de consumo, dado que sea posible; ¿pero es posible? Esta posibilidad ha pretendido negarse, y hé aquí como.

Podrá decirse que no es posible, si se demuestra que no es útil; y ¿como puede ser útil? Evidentemente dejando un beneficio que repartir. ¿Con qué beneficio cuenta? Con el del mercader. Pero este beneficio no puede tenerlo; primero no es un mercader, y despues porque se verá arruinada por la concurrencia.

La asociacion se cree, sin duda, un mercader, y hé aquí su error. Yo haré, dícese,

economías que el mercader no hace, y por consiguiente tendré mas beneficios; pero olvida que no todos los mercaderes los obtienen, que algunos se arruinan, y que muchos vegetan. Solo el pequeño número logra su objeto; pero á condicion de ser osado, atrevido en el negocio, cosa que la asociacion ni quiere ni puede ser. El mercader que sale adelante está estimulado por el temor de una quiebra y el ánsia desmesurada de hacer fortuna, y por lo tanto trabaja, intriga, idea; y todo para él es bueno siendo honesto: el interés personal sobreexcitado hasta lo sumo, decupla sus fuerzas: juega á menudo, porque hay especulaciones que pueden asimilarse al juego. Tendria que ver, dicen, á un obrero transformado en gerente de sociedad en lucha con esa alma sutil, inteligente, apasionada, atrevida, infatigable que se llama un comerciante.

La respuesta es que el comercio no es un juego sino para los comerciantes sin escrúpulo; que la sociedad cooperativa no será la primera casa tranquila, concienzuda, que hace depender el buen éxito de su negocio de la perseverancia y de la honradez, que en semejante sociedad todos los miembros están interesados en que marche adelante; que el director ó gerente tiene en ello mas

interés que los demas; que no es cierto ni digno no admitir otro estímulo que el interés, sin tener en nada el sentimiento del deber; que no hay género de habilidad que pueda compensar las dos grandes ventajas de las asociaciones, es decir la eliminacion de todas las malas probabilidades, y la supresion de diferentes gastos, y que semejante certidumbre en la doble operacion de comprar y de vender es mil veces preferible á esa concurrencia encarnizada y furiosa que se traduce para los unos en ruina, para los otros en beneficios escandalosos, y para los consumidores en un aumento de gastos.

Nos amenazan con la concurrencia; pero con cuál? Si es con la de los antiguos mercaderes, no pueden luchar con nosotros, sino bajando sus precios al nivel de los nuestros, ó mas bien, porque aquello no bastaria, distribuyendo, como lo hacemos, los beneficios á sus compradores. Si asi lo hacen, ¿donde está la dificultad? Nos matarán como sociedad; pero ¿tenemos empeño en serlo? Si los mercaderes se toman por nosotros el trabajo, asegurándonos las mismas ventajas, ¿la cooperacion que los haya obligado no quedará por esto mismo triunfante? ¿Créese que á falta de mercaderes tendremos que luchar con otra sociedad de coopera-

cion? ¡Oh, y cuánta perspicacia! ¿Por qué habíamos de luchar, si nadie entre nosotros tiene un interes distinto del de todos? Aun cuando nuestra sociedad sobrepujase nuestras esperanzas, si al lado de ella se formase otra tan sólida, y con mas ventajas, nos pasaríamos á ella en virtud del mismo principio que hizo nacer la nuestra. ¿No es un error hablarnos de concurrencia cuando solo existimos por el interés general, y solo por él podemos prosperar? Es lo mismo que pretender, despues de una revolucion, juzgar al mundo nuevo por los principios del mundo antiguo. La concurrencia puede ser buena entre los mercaderes; pero es imposible entre las sociedades porque necesariamente se estingue por una fusion el mismo dia en que se produce. Asi, pues, todas esas objeciones son quimeras. El beneficio es cierto: las sociedades son útiles, luego son posibles.»

XII.

En nuestro anterior capítulo habrán visto los lectores como M. Simon probaba lo quimérico de las objeciones hechas á las *sociedades cooperativas de consumo*, y tambien la posibilidad de su existencia. Sin embargo, es menester convenir, y así se apresura á reconocerlo el citado escritor, que no en todas partes puede prosperar una asociacion de esa naturaleza, y no tendrá éxito en ninguna, si no se monta sobre bases sólidas.

Si los mercaderes ó almacenistas á quienes debe reemplazar se contentan con módicos beneficios y los artículos que venden son de buena calidad; si la poblacion en que trate de formarse una de esas sociedades es demasiado móvil para que la venta pueda preverse con certeza, ó muy diseminada que impida un servicio regular y poco costoso; si, por último, la sociedad no tiene fondos suficientes para hacer sus compras como los mercaderes al por mayor, y aprovechan-

do las ocasiones favorables, entonces no debe pensar en abrir sus almacenes, porque sin prestar ningun servicio, correria infaliblemente á su ruina. A muchos mercaderes que empiezan en condiciones desfavorables, les basta por el pronto establecerse en la esperanza de una probabilidad afortunada, pero no es este el caso de la asociacion cooperativa, que solo debe comprar y vender sobre seguro y al contado siempre. No debe pues empezar sino en la seguridad de durar, y solo con esta condicion puede prestar buenos servicios.

Preséntase otra cuestion de grande importancia bajo el punto de vista práctico, porque de la solucion que se le dé depende todo el porvenir de las sociedades cooperativas de consumo. ¿La sociedad venderá solamente á los asociados? ¿Venderá tambien al público? Hé aquí la cuestion:

Veamos como la trata y resuelve el citado economista:

«Suponiendo que las sociedades vendan solamente á sus sócios, no hay duda alguna que pueden vivir. Si los directores son hábiles y reservados, si reducen las com-

pras á los límites de una venta casi asegurada, y la misma venta á los límites que su fondo social les prescriba; sí, por otra parte, los asociados habitan cerca los unos de los otros, viven de la misma manera, pagan al contado, y se abstienen de poner obstáculos con exigencias y con cuestiones fuera de propósito á la accion de la administracion, no parece, en verdad, imposible que la asociacion pueda durar, y hasta proporcionar alguna mejora á la situacion de los sócios. Convengamos, no obstante, que son muchas las condiciones que para ello se necesitan, algunas de difícil realizacion, y por lo tanto que una sociedad asi constituida no hará mas que vegetar, sin lograr ningun beneficio y sin estar segura del dia de mañana. ¿Valdrá, pues, la pena de ponerse en movimiento, de trabajar, para obtener solo un resultado tan insignificante? Los partidarios mas decididos de la cooperacion opinan que si no se vende al público, lo mejor que puede suceder á la sociedad es no hacer ni bien ni mal.

Hagámonos ahora cargo de la hipótesis inversa, y veamos cual será la suerte de la compañía si vende al público. Ante todo, á fin de no experimentar quebranto, es menester que sepa elegir su clientela, es decir que no compre mas que los artículos de or-

dinario consumo de los obreros. Si se lanza en especulaciones, pierde su seguridad, su utilidad, su razón de ser, su importancia social. No es de temer este peligro, porque las sociedades saben que si se proveyesen de artículos propios de la gente rica, encontrarían la concurrencia de las grandes capitales y de las capacidades especiales. Sería menester desconocer el espíritu de los obreros para creer que ni aun puedan caer en la tentación, pues es seguro que tanto por gusto como por prudencia no han de buscar relaciones fuera de su clase. Para las sociedades cooperativas vender al público solo, pues, significa vender á los obreros no asociados, ó á las personas que vivan como las clases obreras viven.

De esta suerte las sociedades aumentarán en clientela sin cambiarla, es decir que conservarán sus ventajas y adquirirán otras nuevas. Las ventajas son comprar al por mayor, como las casas fuertes, tener una clientela segura (los asociados) y una clientela homogénea (los obreros.) Los beneficios son, pues, infalibles, y basta con dar parte á los compradores para atraerlos, pero no indistintamente á todos.

Algunas sociedades llevan su generosidad hasta ese punto; pero la mayor parte se contenta con esponder cabal y bueno, re-

servando solo á los asociados el derecho de participacion de los dividendos. ¿Quién con esa ventaja no querria ser asociado, sobre todo bastando para ello pagar un derecho insignificante de entrada, y completando su parte social con ayuda de sus dividendos? Esta combinacion es quizás la sola en el mundo que proporcione un medio honrado de juntar dinero sin riesgo y sin trabajo. Los obreros no asociados pueden prometerse serlo, y mientras tanto comprar en los almacenes cooperativos. Asi los elegirán con preferencia por espíritu de cuerpo y porque con razon contarán en su exacta probidad. La venta al público con participacion inmediata de los nuevos asociados á los beneficios de la venta, puede, pues, ser considerada como un excelente medio de propaganda, que dispensa recurrir á todo otro.

Esta participacion de los compradores en los beneficios, será tanto mas útil á la sociedad cuanto se haga por mayores sumas, es decir, por distribuciones de semestres ó trimestres, en vez de hacerlas dia por dia, y á medida de la venta. Compréndese, en efecto, que si la sociedad que compra al precio de por mayor vende al por menor al mismo precio, cede directa é inmediatamente á cada comprador el beneficio que habia

de reportar el mercader; y es claro que obrando así destruiria toda concurrencia porque no habria mercader que quisiese perder su tiempo y arriesgarse para no ganar; pero ¿qué ganaria la misma sociedad con buscar una mayor clientela vendiendo á los no asociados, si distribuia inmediatamente su beneficio? Solo ganaria en hacer sus operaciones en mayor escala. ¿Y qué ganarian los clientes? Una economia en los gastos diarios; es decir, algo mas de bienestar, he aquí todo. Algo es, sobre todo para las familias pobres, pero mas que una mejora seria transformacion. Si al contrario, la venta se hace al precio corriente del mercadó, esperando al trimestre para la distribucion de los beneficios entre los compradores á prorrata segun el valor de sus compras en el almacen, la sociedad no retiene dinero, los compradores no lo reciben de su parte, y sin embargo todo se cambia por el simple hecho de que en vez de ceder la compañía los beneficios á medida de la venta, han sido retenidos por un trimestre, capitalizados y distribuidos á la vez de modo á formar una suma relativamente importante. Nada mas sencillo que el medio de ejecucion, que consiste en dar al marchante, al mismo tiempo que la mercadería, una ficha sin valor intrínseco, con la

cifra á que ascienda la compra que acaba de hacer. Por este medio la sociedad es á la vez un proveedor que vende buenos géneros, y el instrumento mas activo que puede haberse imaginado hasta el dia, de la creacion de la riqueza por medio del ahorro.»

En el siguiente capítulo se verá como M. Simon prueba la completa exactitud de este aserto.

XIII.

En los capítulos anteriores ha quedado probada, hasta no más, la maravilla del ahorro por medio de las sociedades cooperativas de consumo, y los grandes beneficios que están llamadas á dispensar á las clases trabajadoras, influyendo ventajosamente en su porvenir, pero como hay todavía incrédulos que no se dejan convencer por las razones, vamos á presentarles hechos prácticos y al efecto nos dejaremos conducir con Julio Simon á Rochdale, y les diremos con éste:

«Rochdale es una ciudad en el condado de Lancaster, situada sobre el Roch, á 17 kilómetros al Norte de Manchester, y cuya industria consiste principalmente en fábricas de paños, franelas, hilados y tejidos de algodón. Es una de esas ciudades sin monumentos, sin paseos, sin plazas públicas, y casi puede decirse sin calles limpias y regulares: en una palabra, es una aglomeración de fábricas reunidas casi al azar, y de casas de obreros, de aspecto triste y mo-

nótono, agrupadas al rededor de las fábricas. No es notable ni por su riqueza ni por el número de sus habitantes, y únicamente debe su renombre, que crece de dia en dia, gracias á sus tres grandes Sociedades *cooperativas*.

La primera en antigüedad y en importancia es una sociedad de consumos fundada en 1844, á consecuencia de una *huelga* de tejedores de lana, por algunos obreros que recurrieron á este medio para librarse de lo que ellos llamaban tiranía del capital. Todos eran pobres, y algunos de ellos, hasta miserables. Sin embargo, aspiraban entonces nada menos que á suprimir el comerciante y el capital, y á sustituir la justicia á la competencia en la designacion del precio de la mano de obra. Una esperiencia duramente pagada, modificó su idea y echó á tierra sus generosas utopias: asi es que no conservaron de su primitivo plan mas que una fé enérgica en la escelencia de su obra, una voluntad perseverante, y un profundo sentimiento de justicia. Cuando se fundó la sociedad no eran mas que cuarenta; y únicamente pudieron reunir un capital de 28 libras esterlinas, (708 fs. 16 cénts.) Tomaron el nombre de «Equitativos gastadores de la Rochdale», y su sociedad fué primeramente inscrita como sociedad de ami-

gos (friendly society); pero habiendo dado el Parlamento en 1852 una ley que proporcionaba mayores facilidades á las sociedades cooperativas, resolvieron en 23 de octubre de 1854 aprovecharse de las ventajas de la nueva ley y se hicieron inscribir como sociedad industrial.

Sus primeras operaciones ofrecieron no pocas dificultades que ellos mismos han referido en su Almanaque para 1860: y ya que de esto hablamos, diremos que en su Almanaque publican todos los años útiles consejos, indicaciones exactas acerca de la marcha de sus negocios, y algunas veces, como en 1860, una breve reseña de su pasado y de sus esperanzas.

Hace ya quince años (decian en 1860) que algunos pobres obreros de Rochdale creyeron que era posible mejorar su condicion, uniéndose para sostener á sus familias; esta idea, tan sencilla, encontró no pocas dificultades cuando se trató de llevarla á cabo. La primera, la mas grande de todas, era la estremada pobreza de los fundadores, á quienes una reciente huelga habia privado de todos sus recursos, obligando á muchos de ellos á contraer deudas. El recuerdo de diversas sociedades cooperativas, que habian dejado de existir al poco tiempo de fundarse, influia desfavorable-

mente para el crédito de la nueva sociedad; los tenderos, amenazados en sus intereses, no escaseaban sus siniestros pronósticos, y lo que es mas grave todavia las mujeres aficionadas á las antiguas tiendas, en que tenian la costumbre de comprar sus provisiones, y en donde las tomaban al fiado, no querian abandonarlas por las tiendas de las sociedades cooperativas, cuya primera regla es vender al contado.

Los fundadores de la sociedad no opusieron á estas dificultades y á las burlas de que eran objetos mas que su actividad y honradez. En 1844 decian que con un carretoncillo de mano podrian trasportarse todas sus mercancías, y era casi exacto porque entonces no vendian mas que algunos comestibles. Tienda, que no era mas que una en una callejuela, estaba abierta únicamente los sábados por la noche, y los mismos sócios se encargaban de despachar sin retribucion alguna.

Muchos de los fundadores, aburridos por las burlas de sus vecinos, por las amonestaciones de sus mugeres, y viéndose apurados tal vez para pagar la cuota semanal, se desanimaron y se salieron de la sociedad, no quedando mas que hombres fuertemente templados á quienes no hizo cambiar de resolucion ni aun el abandono de sus amigos

y que no tardaron en ver recompensados sus esfuerzos.

El fondo social se habia elevado ya de 28 libras á 400, cuando la caja de ahorros de Rochdale, aunque fundada y sostenida por capitalistas, se disolvió. Esto fué una ocasion para los tibios de volver la vista hácia la caja popular en la que encontraban seguridad y solidez, sin contar la satisfaccion de verse entre obreros de su misma clase, de hacer por sí mismos sus negocios y de no deber favores á nadie. En el espacio de un año se triplicó el capital social, y los negocios aumentaron en proporcion: se abrieron nuevas tiendas, se tomaron empleados á sueldo, y de este modo era posible vender todos los dias y á todas horas. Al comercio de harina, que siempre es muy importante en Inglaterra, donde el pan se hace generalmente en casa, se unió sucesivamente una carniceria y un almacen de ropa y de calzado.

En 1845 despues del primer inventario, el número de sócios era 74, el capital 181 libras esterlinas y las ganancias se elevaron á 32 libras; habiéndose hecho negocios por valor de 710 libras. Cinco años despues, en 1849, la sociedad hacia negocios por valor de 152,063 libras (cerca de cuatro mi-

llones de francos) y realizaba una ganancia de 15.906 libras.

El 20 de Diciembre de 1864 la sociedad tenia 4.747 individuos y un capital de 55.221 libras 9 chelines y 2 1/5 peniques, y vendido por 174.937 libras 1 chelin y 10 peniques, y sus ganancias ascendian á 22.916 libras, 12 chelines 6 peniques, es decir, próximamente 2.176.515 reales. En una Memoria fechada en 21 de Marzo de 1865, el comité directivo advierte á los sócios que despues de haber deducido de las ganancias de un trimestre una cantidad de 212 libras, 11 chelines 8 1/2 peniques para el fondo de reserva, y 124 libras, 13 chelines y 10 1/2 peniques para lo que las sociedades cooperativas llaman «educational department,» quedaba para repartir entre los sócios un dividendo de 2 chelines 5 peniques por libra, es decir, 12 reales por 100 al trimestre, 48 por 100 al año, si los negocios seguian en la misma proporcion.

Estos hechos son muy elocuentes.

No puede deducirse de esto que todas las sociedades de consumos deban dar el mismo resultado, sin embargo, de que en vista de un éxito tan incontestable y tan completo, no es ya posible mirar la cooperacion como una utopia. La mejor manera de probar que puede hacerse una cosa, es llevar-

la á cabo. Pues bien, la sociedad cooperativa de que nos ocupamos, fué fundada hace 23 años por cuarenta tejedores, que no pudieron reunir entre todos mas que 28 libras; ahora tienen 4.747 sócios, con un capital que se eleva á 1.380.539 francos 25 céntimos.»

Ahora bien preguntamos: ¿No es esta una demostracion irrefutable?

XIV.

Despues del ejemplo tan elocuente que hemos presentado del brillante éxito obtenido por la sociedad cooperativa de los obreros de Rochdale, parecia que nada mas podria aducirse en contra del movimiento cooperativo. No ha sido sin embargo asi, y por lo tanto hemos de seguir á sus contrarios hasta desalojarlos de sus últimos atrincheramientos.

Dícese: Ciertó es que esa sociedad ha dado buenos resultados en Rochdale, pero no los daria en otra parte. ¿Pues no ha sucedido lo mismo en Manchester y Salford? Y si se pretende que á excepcion de estos puntos, en otros no es posible obtenerlos, entonces les citaremos la sociedad de Oldham que distribuye á sus compradores 34 fs. 40 cs. por 100 francos al año. ¿Se insistirá tambien en que la sociedad de Oldham es una excepcion como las otras que hemos citado? Eso seria exagerar hasta el ridículo la mania del excepticismo.

¿Y por qué el sistema cooperativo había de obtener mejor resultado en Rochdale que en otra parte? Dígasenos la razón. No la hay, no puede haberla. Oldham es una población pequeña, mucho mayor Rochdale, y Manchester es una gran ciudad.

Nada tienen por otra parte de particular: son poblaciones manufactureras que se parecen á las demás de su clase. Lo mismo puede decirse de Leeds donde la sociedad cooperativa fundada en Octubre de 1846 no cede en importancia á la de los obreros de Rochdale. La verdad es que estas sociedades, como muchas otras han salido adelante porque han sido bien organizadas y han estado bien dirigidas.

Los que inconsideradamente, dice Julio Simon, fundan sociedades cooperativas antes de tener los primeros capitales necesarios, echando la cuenta sobre donaciones que no vienen, ó sobre empréstitos siempre difíciles de obtener y á menudo ruinosos; los que establecen sus almacenes en barrios en que los obreros son raros ó están diseminados; finalmente, los que toman sus deseos por una vocación y se encargan

de una comision para la cual carecen de experiencia, de capacidad y de energia, esos cometen la triple falta de arruinarse, de arruinar á los asociados que han puesto su confianza en ellos, y de proporcionar argumentos á los enemigos de la causa, porque preciso es decirlo, todo es bueno para combatir una idea nueva.

Importa, pues, por muchos motivos no precipitar nada, medir bien las fuerzas, y aprovecharse de las experiencias hechas. La sociedad de Rochdale debe principalmente su éxito, á la cordura y perseverancia de sus fundadores, y á su excelente reglamento. Hé aquí sus disposiciones mas importantes.

Para ser miembro de la sociedad, es menester ser propietario de cinco acciones de á una libra, formando una suma total de 500 rs. Sin embargo, no hay necesidad de pagar tan crecida cuota como de entrada, basta obligarse por cinco acciones y pagar un *shilling* (unos 4 rs.) de entrada, que no se devuelve y que sirve á aumentar el capital social, otro *shilling* que se anota á cuenta del nuevo socio y 3 peniques al

menos por semana ó 3 shillings y 3 peniques por trimestre, hasta cubrir el total de las cinco libras ó sean los 500 reales. Como su cualidad de miembro le da inmediatamente derecho á participar de los dividendos á prorata de las compras que haga, puede pagar sus cinco acciones sin tener que hacer desembolsos. Bástale satisfacer á su entrada la enorme cantidad de 2 shillings, quedando uno de ellos á beneficio de la sociedad, para ser miembro de ella en la seguridad de verse propietario de cinco acciones, pasado algun tiempo.

Para entrar en la asociacion se requieren algunas formalidades. Ser admitido en junta general, y no poder despues retirarse hasta haber satisfecho el precio de sus cinco acciones. Las acciones no se transfieren por venta, pero pueden serlo por herencia, en cuyo caso la sociedad conserva el derecho de escluir al nuevo poseedor reembolsándole el capital y los intereses. Finalmente la sociedad puede en junta general pronunciar la separacion de un sócio. Todas estas precauciones están toma-

das en interés de la misma sociedad, y á fin de que no puedan tener entrada personas indignas por su mala conducta de pertenecer á ella.

Aprobada la admision de un sócio tiene éste el derecho de votar en todas las reuniones. Cada sócio no tiene mas que un voto, sea cualquiera el número de sus acciones, lo que mantiene la igualdad. Sin embargo, por razones fáciles de comprender, ningun sócio puede ser miembro del comité ó junta directiva, si no lleva seis meses de ingreso en la sociedad, ni presidente, si no es individuo de la junta. Tan luego como el sócio esté á la par, puede retirar á voluntad hasta la cantidad de 2 libras, y avisando con anticipacion de algunas semanas las que excedan de aquella. Por este medio la junta directiva está á cubierto de toda sorpresa, pues conoce con seguridad el estado de su caja, y puede ir disponiendo los pagos como mas convenga á los intereses de la sociedad.

La junta directiva se elige anualmente en junta general. Compónese de un presidente, de un tesorero, de un secretario y

de varios conciliarios que se renuevan por semestres; está admitida la reeleccion de todos los cargos. La junta tiene estensos poderes administrativos; pero para contraer empréstitos ó para colocar fondos, necesita ser autorizada en junta general. Cada trimestre se censuran las cuentas de la junta por otros sócios elegidos al efecto por mayoria de votos.

Veamos ahora como se emplean los beneficios realizados: atiéndese lo primero á los gastos de administracion; despues á los intereses de los prestamistas, si los hay, y al tanto por ciento necesario á compensar la depreciacion que haya podido sufrir la fortuna social, que jamás debe descender: enseguida se satisfacen los intereses del capital suscrito que en ningun caso pueden subir del 5 por 100. Con el sobrante se hacen los gastos autorizados por reglamentos como compra de mercancias, etc., y de lo que resta todavia, se deduce un 2 1/2 en favor de la educacion departamental, repartiéndose el residuo de los beneficios á los accionistas á prorata de las compras que hayan verificado durante el trimestre. Para

formarse una idea exacta de la importancia de los beneficios de la sociedad bastará fijarse en que despues de atender á todos esos servicios, se distribuyen dividendos con los que se darian por muy satisfechas las mas prósperas sociedades de capitalistas.

Tales son las reglas principales que han asegurado el buen éxito de la sociedad cooperativa de Rochdale, la cual hemos presentado como tipo en este estudio, deseosos de que se inspiren en tan perfecta organizacion, cuantos trabajan por desarrollar en nuestra pátria esas provechosas y moralizadoras asociaciones.

FIN.



